Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS+

Revisado por: Sergio Cortéz

1,1 +Varias personas han tratado de narrar las cosas que pasaron entre nosotros,
1,2 a partir de los datos que nos entregaron aquellos que vieron y fueron testigos desde el principio y que, luego, se han hecho servidores de la Palabra.
1,3 Siendo así, también yo he decidido investigar hasta el origen de esta historia, y componer para ti, excelente Teófilo, un relato ordenado de todo.
1,4 Con esto, todas aquellas cosas que te han enseñado cobraran plena claridad.

Un ángel anuncia el nacimiento de Juan Bautista

1,5 +En tiempos de Herodes, rey de Judea; hubo un hombre que se llamaba Zacarías. Era un sacerdote del grupo de Abías. La esposa de Zacarías se llamaba Isabel y era descendiente de una familia de sacerdotes.
1,6 Zacarías e Isabel eran personas realmente buenas a los ojos de Dios: vivían de acuerdo a todos los mandamientos y leyes del Señor.
1,7 No tenían hijos, porque Isabel no podía tener familia, y ambos eran ya de avanzada edad.
1,8 Mientras Zacarías estaba sirviendo en el Templo, delante de Dios, según el orden de su grupo,
1,9 echaron suerte según la costumbre, y fue designado para entrar en el santuario del Señor y ofrecerle el incienso de la tarde.
1,10 Y, mientras el pueblo permanecía afuera en oración,
1,11 se le apareció él ángel del Señor. El ángel estaba de pie a la derecha del altar del incienso.
1,12 Zacarías; al verlo, se turbó y tuvo miedo.
1,13 El ángel le dijo entonces: «No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada, y tu esposa Isabel te dará un hijo al que llamarás Juan.
1,14 Grande será tu felicidad, y muchos se alegrarán con su nacimiento,
1,15 porque tu hijo ha de ser grande ante el Señor. No beberá vino ni licor, y estará lleno del Espíritu Santo, ya desde el seno de su madre.
1,16 Hará que muchos hijos de Israel vuelvan al Señor, su Dios,
1,17 y lo verán caminar delante de Dios con el espíritu y el poder del profeta Elías para reconciliar a los padres con los hijos. Hará que los rebeldes vuelvan a la sabiduría de los buenos, con el fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.»
1,18 Zacarías dijo al ángel: «¿Cómo puedo creer esto? Yo ya soy viejo y mi esposa también.»
1,19 El ángel contestó: «Y yo soy Gabriel, el que está delante de Dios. He sido enviado para hablar contigo y comunicarte esta buena noticia, pero tú no has creído en mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo.
1,20 Por esto, quedarás mudo hasta el día en que se realice todo esto que te he dicho.»
1,21 El pueblo esperaba a Zacarías y se extrañaban porqué tardaba tanto en salir del Santuario.
1,22 Cuando Zacarías salió, por fin, no podía hablarles. Comprendieron, pues, que había tenido alguna visión en el Santuario. El hacía gestos y no conseguía hablar.
1,23 Al terminar los días de su servicio en el Templo, regresó a su casa.
1,24 Días después; Isabel, su esposa, quedó esperando familia. Durante cinco meses permaneció retirada; pensando:

1,25 «Esta es una bondad del Señor para conmigo: quiso liberarme de esta humillación que llevaba ante todos.»

La Anunciación a María
(Mt 1,18)

1,26 +En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una joven virgen
1,27 que vivía en una ciudad de Galilea llamada Nazaret, y que era prometida de José, de la familia de David: Y el nombre de la virgen era María.
1,28 Entró el ángel a su presencia y le dijo: «Alégrate, *llena de gracia;* el Señor está contigo.»
1,29 María quedó muy conmovida por lo que veía, y se preguntaba qué querría decir ese saludo.
1,30 Pero el ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado el favor de Dios.
1,31 Vas a quedar embarazada y darás a luz a un hijo, al que pondrás el nombre de Jesús.
1,32 Será grande, y con razón lo llamarán: Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de David, su antepasado.
1,33 Gobernará por siempre el pueblo de Jacob y su reinado no terminará jamás.»
1,34 María entonces dijo al ángel: «¿Cómo podré ser madre si no tengo relación con ningún hombre?»
1,35 Contestó el ángel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso tu hijo será Santo y con razón lo llamarán Hijo de Dios.
1,36 Ahí tienes a tu parienta Isabel; en su vejez ha quedado esperando un hijo, y la que no podía tener familia se encuentra ya en el sexto mes del embarazo.
1,37 Para Dios, nada será imposible.»
1,38 Dijo María: «Yo soy la servidora del Señor; hágase en mí lo que has dicho.» Después de estas palabras el ángel se retiró.

María visita a su prima Isabel

1,39 +Por esos días, María partió apresuradamente a una ciudad ubicada en los cerros de Judá.
1,40 Entró a la casa de Zacarías y saludó a Isabel.
1,41 Al oír Isabel su saludo, el niño dio saltos en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo.
1,42 y exclamó en alta voz: «¡Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!
1,43 ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor?
1,44 Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mis entrañas.
1,45 ¡Dichosa por haber creído que de cualquier manera se cumplirán las promesas del Señor!»

María dijo entonces:

1,46 *Celebra todo mi ser*
la grandeza del Señor
y mi espíritu se alegra
en el Dios que me salva,
1,47 *porque quiso mirar la condición*
humilde de su esclava,
1,48 *en adelante, todos los hombres*
dirán que soy feliz.
1,49 *En verdad el Todopoderoso*
hizo grandes cosas para mí,
reconozcan que Santo es su Nombre
1,50 *que sus favores alcanzan*
a todos los que le temen
y prosiguen en sus hijos.
1,51 *Su brazo llevó a cabo hechos heroicos,*
arruinó a los soberbios
con sus maquinaciones.
1,52 *Sacó a los poderosos de sus tronos*
y puso en su lugar a los humildes;
1,53 *repletó a los hambrientos*
de todo lo que es bueno
y despidió vacíos a los ricos.
1,54 *De la mano tomó a Israel, su siervo,*
demostrándole así su misericordia.

1,55 *Esta fue la promesa*
que ofreció a nuestros padres
y que reservaba a Abraham
y a sus descendientes para siempre.
1,56 María se quedó cerca de tres meses con Isabel, y después volvió a su casa.

Primeros pasos de Juan Bautista

1,57 [+]Cuando a Isabel le llegó su día, dio a luz a un hijo.
1,58 Sus vecinos y parientes supieron que el Señor había manifestado su compasión por ella y la felicitaban.
1,59 Y al octavo día vinieron para cumplir con el niño el rito de la circuncisión.
1,60 Querían ponerle por nombre Zacarías, por llamarse así su padre, pero la madre dijo: «No, se llamará Juan.»
1,61 Los otros dijeron: «Pero si no hay nadie en tu familia que se llame así.»
1,62 Preguntaron con señas al padre cómo quería que le pusieran.
1,63 Zacarías entonces pidió una tablilla y escribió: «Su nombre es Juan», por lo que todos quedaron extrañados.
1,64 En ese mismo instante se le soltó la lengua y sus primeras palabras fueron para alabar a Dios.
1,65 Lo que dejó impresionado a todo el vecindario, y en toda la región montañosa de Judea se comentaban estos acontecimientos.
1,66 Y al oírlo la gente se ponía a pensar y decía: «¿Qué llegará a ser este niño? ¿No se ve la mano del Señor en él?»
1,67 Y éste es el cántico que su padre Zacarías, lleno del Espíritu Santo, empezó a rezar:
1,68 *Bendito el Señor, Dios de Israel,*
porque intervino liberando a su pueblo
1,69 *y nos ha suscitado un Salvador*
de entre los hijos de David su servidor.
1,70 *Así se han realizado sus promesas*
hechas en el pasado
por la boca de sus santos profetas
1,71 *de salvarnos de nuestros enemigos*
y del poder de aquellos que nos odian.
1,72 *Así demuestra ahora*
la bondad que tuvo con nuestros padres,
y así se acuerda de su santa alianza,
1,73 *pues a Abraham, nuestro padre,*
le prometió librarnos
de las manos de nuestros enemigos,
1,74 *para que le sirvamos sin temor,*
haciéndonos perfectos
1,75 *y siendo dignos de él*
a lo largo de toda nuestra vida.
1,76 *Y tú, pequeño niño,*
serás el profeta del Altísimo
pues llegarás primero que el Señor
para prepararle el camino,
1,77 *para enseñar a su pueblo*
lo que será la salvación
cuando se les perdonen sus pecados.
1,78 *Todo será por obra*
de la tierna bondad de nuestro Dios
que nos trae del cielo la visita
del Sol que se levanta
1,79 *para alumbrar*
a aquellos que se encuentran
entre tinieblas y sombras de muerte
y para guiar nuestros pasos
por el camino de la paz.

1,80 Y el niño crecía y su espíritu se fortalecía. Permaneció en el desierto hasta el día en que se presentó a los israelitas.

Jesús nace en Belén

2,1 +En esos días, el emperador dictó una ley que ordenaba hacer un censo en todo el imperio.
2,2 Este primer censo se hizo cuando Quirino era gobernador de la Siria.
2,3 Todos iban a inscribirse a sus respectivas ciudades.
2,4 También José, como era descendiente de David, salió de la ciudad de Nazaret de Galilea y subió a Judea, a la ciudad de David, llamada Belén,
2,5 para inscribirse con María, su esposa, que estaba embarazada.
2,6 Cuando estaban en Belén, le llegó el día en que debía tener su hijo.
2,7 Y dio a luz su primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en una pesebrera, porque no había lugar para ellos en la sala común.
2,8 +En la región había pastores que vivían en el campo y que por la noche se turnaban para cuidar sus rebaños.
2,9 El ángel del Señor se les apareció y los rodeó de claridad la Gloria del Señor, y fueron presa del temor.
2,10 Pero el ángel les dijo: «No teman, porque yo vengo a comunicarles una buena nueva que será motivo de mucha alegría para todo el pueblo.
2,11 Hoy ha nacido para ustedes en la ciudad de David un Salvador que es Cristo Señor.
2,12 En esto lo reconocerán: hallarán a un niño recién nacido, envuelto en pañales y acostado en una pesebrera.»
2,13 De pronto una multitud de seres celestiales aparecieron en torno al ángel, y cantaban a Dios:
2,14 «Gloria a Dios en lo más alto del cielo, y en la tierra, gracia y paz a los hombres.»
2,15 Después que los ángeles los dejaron para volver al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «Vamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos dio a conocer.»
2,16 Fueron apresuradamente y hallaron a María y José, y vieron al recién nacido acostado en la pesebrera.
2,17 Entonces contaron lo que los ángeles les habían dicho de este niño
2,18 y todos se maravillaron de lo que decían los pastores.
2,19 +María, por su parte, observaba cuidadosamente todos estos acontecimientos y los guardaba en su corazón.
2,20 Después los pastores se fueron glorificando y alabando a Dios, porque todo lo que habían visto y oído era tal como se lo habían anunciado.
2,21 Al octavo día, circuncidaron el niño según la Ley, y le pusieron el nombre de Jesús, nombre que había indicado el ángel antes que su madre quedara embarazada.

Jesús es presentado en el Templo

2,22 +Asimismo, cuando llegó el día en que, de acuerdo a la Ley de Moisés, debían cumplir el rito de la purificación de la madre, llevaron al-niño a Jerusalén. Allí lo consagraron al Señor,
2,23 tal como está escrito en la Ley: *Todo varón primogénito será consagrado al Señor.*
2,24 Además ofrecieron el sacrificio que ordena la Ley: *una pareja de tórtolas o dos pichones.*
2,25 Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, que era muy bueno y piadoso y el Espíritu Santo estaba en él.
2,26 Esperaba los tiempos en que Dios atendiera a Israel y sabía por una revelación del Espíritu Santo que no moriría antes de haber visto al Cristo del Señor.
2,27 Vino, pues, al Templo, inspirado por el Espíritu, cuando sus padres traían al niñito para cumplir con él los mandatos de la Ley.
2,28 Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios con estas palabras:
2,29 *Señor, ahora, ya puedes dejar*
que tu servidor muera en paz,
como le has dicho.
2,30 *Porque mis ojos*
han visto a tu Salvador
2,31 *que tú preparaste*
para presentarlo
a todas las naciones.

2,32 *Luz para iluminar a todos los pueblos*
y gloria de tu pueblo, Israel.
2,33 Su padre y su madre estaban maravillados por todo lo que decía Simeón del niño.
2,34 Simeón los felicitó y, después, dijo a María, su madre: «Mira, este niño debe ser causa tanto de caída como de resurrección para la gente de Israel. Será puesto como una señal que muchos rechazarán
2,35 y a ti misma una espada te atravesará el alma. Pero en eso los hombres mostrarán claramente lo que sienten en sus corazones.»
2,36 Había también una mujer de edad muy avanzada, llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Tenía ochenta y cuatro años.
2,37 Después de siete años de casada, había perdido muy joven a su marido y, siendo viuda, no se apartaba del Templo, sirviendo día y noche al Señor con ayunos y oraciones.
2,38 Ella también tenía don de profecía. Llegando en ese mismo momento, comenzó a alabar a Dios y a hablar del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.
2,39 Una vez que cumplieron todo lo que ordenaba la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.
2,40 Y el niño crecía, se desarrollaba y estaba lleno de sabiduría. Y la gracia de Dios estaba en él.

Primera iniciativa del joven Jesús

2,41 [+]Los padres de Jesús iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua
2,42 y cuando cumplió doce años, fue también con ellos para cumplir con este precepto.
2,43 Al terminar los días de la Fiesta, mientras ellos regresaban, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que José lo supiera, ni tampoco su madre.
2,44 Creyendo que se hallaba en el grupo de los que partían, caminaron todo un día y, después, se pusieron a buscarlo entre todos sus parientes y conocidos.
2,45 Pero, como no lo hallaron, prosiguiendo su búsqueda, volvieron a Jerusalén.
2,46 46 Después de tres días lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los maestros de la Ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas.
2,47 Todos los que lo oían quedaban asombrados de su inteligencia y de sus respuestas.
2,48 Al encontrarlo, se emocionaron mucho y su madre le dijo «Hijo, ¿por qué te has portado así? Tu padre y yo te buscábamos muy preocupados.»
2,49 El les contestó: «¿Y por qué me buscaban? ¿No saben que tengo que estar donde mi Padre?»
2,50 Pero ellos no comprendieron lo que les acababa de decir.
2,51 Volvió con ellos a Nazaret, donde vivió obedeciéndoles. Su madre guardaba fielmente en su corazón todos estos recuerdos.
2,52 [+]Mientras tanto, Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia, tanto para Dios como para los hombres.

Juan Bautista prepara el camino del Señor
(Mc 1,1; Mt 3,1; Jn 1,19)

3,1 [+]Era el año quince del reinado del emperador Tiberio. Poncio Pilato era gobernador de la Judea, Herodes estaba a cargo de la provincia de Galilea; su hermano Filipo a cargo de Iturea y de la Traconítide, y Lisanias a cargo de Abilene.
3,2 Los jefes de los sacerdotes eran Anás y Caifás. Ese fue el momento en que Dios dirigió su palabra a Juan, hijo de Zacarías, que estaba en el desierto.
3,3 [+]Juan empezó a predicar su bautismo por toda la región del río Jordán, diciéndoles que cambiaran su manera de vivir para que se les perdonaran sus pecados.
3,4 Así se cumplía lo que está escrito en el libro del profeta Isaías:
Escuchen ese grito en el desierto: Preparen el camino del Señor, enderecen sus senderos.
3,5 *Rellénense todas las quebradas y aplánense todos los cerros. Los caminos con curvas serán enderezados y los ásperos suavizados.*
3,6 *Entonces llegará la salvación de Dios y todo mortal la contemplará.*
3,7 Decía, pues, a las multitudes que venían a él de todas partes para que las bautizara:
«Raza de víboras, ¿quién les ha dicho que evitarán el castigo que se acerca?
3,8 Muestren los frutos de una sincera conversión, en vez de pensar: "Nosotros somos hijos de Abraham". Porque yo les aseguro que, de estas piedras, Dios puede sacar hijos de Abraham.
3,9 Ya llega el hacha a la raíz de los árboles; todo árbol que no dé fruto va a ser cortado y echado al fuego.»

3,10 La gente le preguntaba: «¿Qué debemos hacer?
3,11 El les contestaba: «El que tenga dos capas dé una al que no tiene, y quien tenga qué comer haga lo mismo.»
3,12 Vinieron también los cobradores de impuestos para que Juan los bautizara: Le dijeron: «Maestro, ¿qué tenemos que hacer?»
3,13 Respondió Juan: «No cobren más de lo debido.»
3,14 A su vez unos soldados le preguntaron: «Y nosotros, ¿qué debemos hacer?» Juan les contestó: «No abusen de la gente, no hagan denuncias falsas y conténtense con lo que les pagan.»
3,15 +El pueblo estaba en la duda y todos se preguntaban interiormente si Juan no sería el Cristo.
3,16 Por lo que Juan hizo a todos esta declaración: «Yo los bautizo con agua, pero ya viene el que es más poderoso que yo, al que no soy digno de soltarle los cordones de su zapato; él los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego.
3,17 Tiene en la mano la pala para limpiar el trigo en su era y recogerlo después en su granero. Pero la paja, la quemará en el fuego que no se apaga.»
3,18 Y con muchas otras palabras anunció la Buena Nueva al pueblo,
3,19 hasta que Herodes lo hizo encarcelar. Pues Juan reprochaba a Herodes que estuviera viviendo con la esposa de su hermano, y además todo el mal que había cometido.
3,20 Herodes no dudó en hacer tomar preso a Juan; con lo que añadió otro crimen a todos los anteriores.

Jesús es bautizado por Juan
(Mt 3,13; Mc 1,9; Jn 1,29)

3,21 +Un día, con el pueblo que venía a bautizarse, se bautizó también Jesús. Y, mientras estaba orando, se abrieron los cielos;
3,22 el Espíritu Santo bajó sobre él y se manifestó exteriormente con una aparición como de paloma. Y del cielo llegó una voz: «Tú eres mi Hijo, el Amado; tú eres mi Elegido.»
3,23 +Cuando comenzó Jesús, tenía unos treinta años. Para todos era el hijo de José, hijo de Helí,
3,24 hijo de Mata, hijo de Leví, hijo de Melquí, hijo de Janaí, hijo de José,
3,25 hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Nahum, hijo de Eslí, hijo de Nagaí,
3,26 hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semeí, hijo de José, hijo de Judá,
3,27 hijo de Joanan, hijo de Resí, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Nerib,
3,28 hijo de Melquií, hijo de Adí, hijo de Koram, hijo de Elmada; hijo de Er,
3,29 hijo de Jesús, hijo de Eliecer, hijo de Jarim, hijo de Matat,
3,30 hijo de Leví, hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquim,
3,31 hijo de Melea, hijo de Mená, hijo de Matatá, hijo de Natán,
3,32 hijo de David, hijo de Jesé, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Salomón, hijo de Najasón,
3,33 hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de Esrón, hijo de Farés, hijo de Judá,
3,34 hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Tera, hijo de Najor,
3,35 hijo de Seruc, hijo de Ragan, hijo de Falec, hijo de Eber, hijo de Sala,
3,36 hijo de Cainam, hijo de Arfaxad, hijo de Sern, hijo de Noé, hijo de Lamec,
3,37 hijo de Matusalén, hijo de Enoc, hijo de Jared, hijo de Malaleel, hijo de Cainam,
3,38 hijo de Enos, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

Tentación de Jesús en el desierto
(Mt 4,1; Mc 1,12)

4,1 +Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió de las orillas del Jordán y se dejó guiar por el Espíritu a través del desierto,
4,2 donde estuvo cuarenta días y fue tentado por el diablo. En todos esos días no comió nada, y al fin tuvo hambre.
4,3 El diablo le dijo entonces: «Si eres Hijo de Dios, manda a esta piedra que se convierta en pan.»
4,4 Pero Jesús le contestó: «Dice la Escritura: *El hombre no vive solamente de pan.»*
4,5 Después, el diablo lo llevó a un lugar más alto; en un instante le mostró todas las naciones del mundo,
4,6 y le dijo: «Te daré poder sobre estos pueblos y te entregaré sus riquezas, porque me han sido entregadas y las doy a quien quiero.
4,7 Todo será tuyo si te arrodillas delante de mí.»
4,8 Pero Jesús le replicó: «La Escritura dice: *Adorarás al Señor, tu Dios, y a El solo servirás.»*
4,9 Entonces, lo llevó el diablo a Jerusalén, lo puso sobre la parte más alta del Templo y le dijo: «Si tú eres Hijo de Dios, tírate de aquí para abajo;

4,10 porque dice la Escritura: *Dios ordenará a sus ángeles que te protejan.*
4,11 *Ellos te llevarán en sus manos para que no tropiecen tus pies en alguna piedra.»*
4,12 Pero Jesús le replicó: «Dice la Escritura: *No tentarás al Señor tu Dios.»*
4,13 Habiendo agotado todas las formas de tentación, el diablo se alejó de él, para volver en el momento oportuno.

En Nazaret Jesús proclama su misión
(Mt 13,53)

4,14 [+]Jesús volvió a Galilea con el poder del Espíritu, y su fama corrió por toda la región.
4,15 Enseñaba en las sinagogas de los judíos y todos lo alababan.
4,16 [+]Llegó a Nazaret, donde se había criado, y, según acostumbraba, fue el sábado a la sinagoga. Cuando se levantó para hacer la lectura,
4,17 le pasaron el libro del profeta Isaías; desenrolló el libro y halló el pasaje en que se lee:
4,18 *El Espíritu del Señor está sobre mí. El me ha ungido para traer Buenas Nuevas a los pobres, para anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver. A despedir libres a los oprimidos*
4,19 *y a proclamar el año de la gracia del Señor.*
4,20 Jesús, entonces, enrolla el libro, lo devuelve al ayudante y se sienta. Y todos los presentes tenían los ojos fijos en él.
4,21 Empezó a decirles: «Hoy se cumplen estas profecías que acaban de escuchar.»
4,22 Todos lo aprobaban, muy admirados de esta proclamación de la gracia de Dios. Sin embargo, se preguntaban extrañados: «¿No es éste el hijo de José?»
4,23 Y él les contestó: «Seguramente ustedes me van a recordar el dicho: «Médico, sánate a ti mismo. Haz aquí, en tu patria, lo que nos cuentan que hiciste en Cafarnaúm.»
4,24 Jesús añadió: «Ningún profeta es bien recibido en su patria.
4,25 Créanme que había más de una viuda en Israel en los tiempos de Elías, cuando durante tres años y medio el cielo no dio lluvia, y un hambre grande asoló a todo el país.
4,26 Sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una viuda que vivía en Sarepta en tierras de Sidón.
4,27 Había también más de un leproso en Israel en tiempos del profeta Eliseo; con todo, ninguno de ellos fue sanado, sino Naarnán, el sirio.»
4,28 Al oír estas palabras, todos en la sinagoga se indignaron.
4,29 Se levantaron y lo arrastraron fuera de la ciudad, llevándolo hasta un barranco del cerro en el que está construida la ciudad, para arrojarlo desde ahí.
4,30 Pero él, pasando en medio de ellos, siguió su camino.

Con el poder del Espíritu
(Mc 1,23; Mt 4,24; 8,14)

4,31 Jesús bajó a Cafarnaúm, ciudad de Galilea. Ahí estuvo enseñando los días sábados,
4,32 y todos se admiraban de su modo de enseñar, porque hablaba con autoridad.
4,33 [+]En la sinagoga había un hombre endemoniado que se puso a gritar:
4,34 «¿Qué quieres, Jesús nazareno? ¿Has venido a derrocarnos? Yo sé quién eres: el Santo de Dios.»
4,35 Pero Jesús amenazó al demonio y le ordenó: «Cállate y sal de este hombre.» El demonio salió del hombre, lanzándolo al suelo, pero sin hacerle ningún daño.
4,36 Y todos comentaban, muy impresionados: «¡Qué modo de hablar! ¿Con qué poder manda a los demonios y los hace salir?»
4,37 Y su fama se propagaba por todas partes en la región.
4,38 Jesús salió de la sinagoga y entró en la casa de Simón. La suegra de Simón tenía mucha fiebre, y le rogaron por ella.
4,39 Jesús se inclinó hacia ella y con tono dominante mandó a la fiebre, y ésta desapareció. Al instante se levantó, y se puso a atenderlos.
4,40 Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversos males se los traían; él les imponía las manos a cada uno y los sanaba.
4,41 También hizo salir demonios de varias personas. Esos gritaban: «Tú eres el Hijo de Dios.» Pero él, en tono amenazador, les impedía hablar, porque sabían que él era el Cristo.
4,42 [+]Cuando amaneció, salió Jesús y se fue a un lugar solitario. La gente se puso a buscarlo y llegaron hasta el lugar donde estaba. Le insistían para que no se fuera de su pueblo.

4,43 Pero él les dijo: «Debo anunciar también a las otras ciudades la Buena Nueva del Reino de Dios, porque para eso fui enviado.»
4,44 E iba predicando en las sinagogas de Judea.

La pesca milagrosa
(Mt 4,18; Mc 1,16)

5,1 [+]Cierto día era mucha la gente que se apretaba junto a él para escuchar la palabra de Dios, y él estaba de pie a la orilla del lago de Genesaret.
5,2 Vio dos barcas amarradas al borde del lago. Los pescadores habían bajado y lavaban las redes.
5,3 Subió a una de las barcas, que era la de Simón, y le pidió a éste que se apartara un poco de la orilla; luego se sentó en la barca y empezó a enseñar a la multitud.
5,4 Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: «Lleva la barca a la parte más honda y echa las redes para pescar.»
5,5 Simón respondió: «Maestro, hemos trabajado toda la noche sin pescar nada, pero, si tú lo mandas, echaré las redes.»
5,6 Así lo hicieron, y pescaron tantos peces que las redes estaban por romperse.
5,7 Pidieron por señas a sus compañeros que estaban en la otra barca que vinieran a ayudarlos; llegaron, pues, y llenaron tanto las dos barcas, que por poco se hundían.
5,8 Al ver esto, Simón Pedro se arrodilló ante Jesús, diciendo: «Señor, apártate de mí, porque: soy un pecador.»
5,9 Pues tanto él como sus ayudantes estaban muy asustados por la pesca que acababan de hacer.
5,10 Lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: «No temas, de hoy en adelante serás pescador de hombres.»
5,11 Entonces llevaron sus barcas a tierra, lo dejaron todo, y siguieron a Jesús.

El leproso sanado
(Mc 1,40; Mt 8,2)

5,12 [+]Estando Jesús en una de esas ciudades, se presentó un hombre cubierto de lepra. Apenas vio a Jesús, se postró con la cara en tierra y le hizo esta súplica: «Señor, si quieres puedes limpiarme.»
5,13 Jesús extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Lo quiero, queda limpio.»
5,14 [+]Al instante sanó de la lepra. Pero Jesús le mandó que no lo dijera a nadie: «Anda más bien a presentarte al sacerdote, y lleva la ofrenda tal como lo mandó Moisés cuando un leproso sana. Así comprobarán lo sucedido.»
5,15 [+]Su fama crecía más y más y muchas personas acudían a oírlo, y para que los sanara de sus enfermedades.
5,16 [+]Pero él buscaba siempre lugares tranquilos y allí se ponía a orar.

El paralítico
(Mc 2,1; Mt 9,1)

5,17 [+]Un día en que Jesús estaba enseñando, se sentaron entre los oyentes unos fariseos y maestros de la Ley que habían venido de toda la provincia de Galilea; y también de Judea y Jerusalén. El poder del Señor se manifestaba ante ellos realizando curaciones.
5,18 En este momento llegaron unos hombres que traían en su camilla a un enfermo paralítico. Buscaban cómo entrar en la casa y colocarlo delante de Jesús,
5,19 pero era tanta la gente que no sabían por dónde entrar. Subieron al tejado, quitaron tejas y bajaron al enfermo en su camilla en medio de la gente, frente a Jesús.
5,20 Viendo Jesús la fe de ellos, dijo: «Amigo, tus pecados te son perdonados.»
5,21 De inmediato los maestros de la Ley y los fariseos se ofendieron y pensaron: «¿Cómo este hombre puede hablar en forma tan escandalosa? ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?»
5,22 Pero Jesús se dio cuenta de sus pensamientos y les hizo esta pregunta:
5,23 «¿Por qué piensan así? ¿Qué es más fácil decir: Tus pecados son perdonados, o: Levántate y anda?
5,24 Sepan, pues, que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados.»
Entonces Jesús dijo al paralítico:
«Te lo ordeno, levántate, toma tu camilla y vuélvete a tu casa.»
5,25 Y en el mismo instante, se levantó el hombre a la vista de todos, tomó la camilla en que estaba tendido y se fue dando gloria a Dios.

5,26 Todos quedaron atónitos y alabaron a Dios. El temor de Dios estaba en todos, pues decían: «Hoy hemos visto cosas increíbles.»

Leví sigue a Jesús. «He venido para llamar a los pecadores»
(Mc 2,13; Mt 9,9)

5,27 +Al salir, Jesús vio a un cobrador de impuestos llamado Leví, sentado en su puesto donde cobraba. Jesús le dijo: «Sígueme»,
5,28 y Leví, dejándolo todo, se levantó y lo siguió.
5,29 Después Leví le ofreció un gran banquete en su casa y con ellos se sentaron en la mesa un gran número de cobradores de impuestos y de toda clase de personas.
5,30 Los fariseos y los maestros de la Ley criticaban y decían a los discípulos de Jesús: «¿Por qué ustedes comen y beben con los cobradores de impuestos y con personas malas?»
5,31 Pero Jesús tomó la palabra y les dijo: «No son las personas sanas las que necesitan médico, sino las enfermas.
5,32 He venido, no para llamar a los buenos, sino para invitar a los pecadores a que se arrepientan.»
5,33 Ellos le dijeron también: «Los discípulos de Juan ayunan a menudo y hacen oraciones, lo mismo que los discípulos de los fariseos, y los tuyos ¿por qué comen y beben?»
5,34 Jesús les respondió: «¿Pueden ustedes obligar a los compañeros del novio a que ayunen, mientras el novio está con ellos?
5,35 Llegará el momento en que el novio les será quitado, entonces ayunarán.»
5,36 Y les dijo además esta comparación: «Nadie saca un pedazo de un vestido nuevo para remendar uno viejo. Porque de ese modo el nuevo queda roto y el pedazo nuevo no le vendrá al vestido viejo.
5,37 Nadie echa tampoco vino nuevo en vasijas viejas; porque, de lo contrario, el vino nuevo romperá las vasijas, y así se derramará el vino y se perderán las vasijas.
5,38 El vino nuevo, hay que ponerlo en vasijas nuevas.
5,39 Y nadie, después de haber bebido vino añejo, quiere del nuevo, porque dice: Es mejor el añejo.»

El hijo del Hombre es dueño del sábado
(Mc 2,23; Mt 12,1; Mc 3,1)

6,1 +Un sábado en que Jesús atravesaba unos sembrados, sus discípulos arrancaban espigas, las restregaban con sus manos y se las comían.
6,2 Al verlo, algunos fariseos les dijeron: «¿Por qué hacen ustedes lo que no está permitido hacer en día sábado?»
6,3 Jesús les respondió: «¿Ustedes no han leído lo que hizo David, cuando tuvo hambre, él y sus compañeros?
6,4 Pues que entró en la Casa de Dios, tomó los panes benditos, comió de ellos y les dio a sus compañeros. A pesar de que sólo los sacerdotes podían comer de ese pan.»
6,5 Y les decía: «El Hijo del Hombre tiene autoridad sobre el sábado.»
6,6 Pues bien, otro sábado entró en la sinagoga y se puso a enseñar. Había ahí un hombre que tenía paralizada la mano derecha.
6,7 Los maestros de la Ley y los fariseos espiaban a Jesús para comprobar si hacía sanaciones en día sábado y; en ese caso, acusarlo.
6,8 Pero Jesús conocía sus pensamientos. Dijo, pues, al hombre que tenía la mano paralizada: «Levántate y ponte en medio de esa gente:» Este se levantó y permaneció de pie.
6,9 Entonces Jesús les dijo: «A ustedes les pregunto: ¿está permitido en día sábado hacerle bien a uno o dejarlo con su mal, salvar una vida o dejarla morir?»
6,10 Paseando entonces su mirada sobre todos ellos, dijo al hombre: «Extiende la mano.» Lo hizo y su mano quedó sana.
6,11 Pero ellos, furiosos, se consultaban qué podrían hacer en contra de Jesús.

Jesús elige a los Doce
(Mc 3,13; Mt 10,1)

6,12 +En aquellos días se fue a orar a un cerro y pasó toda la noche en oración con Dios.
6,13 Al llegar el día, llamó a sus discípulos y de ellos escogió a doce, a los que llamó apóstoles:
6,14 Simón, al que le puso por nombre Pedro, y Andrés, su hermano, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé,
6,15 Mateo, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, Simón, apodado Zelote,
6,16 Judas, hermano de Santiago, y Judas Iscariote, que fue el traidor.

El discurso en el monte
(Mt 5-6-7)

6,17 [+]Bajando con ellos, Jesús se detuvo en un llano. Con él estaba un grupo impresionante de discípulos suyos y un pueblo numeroso procedente de toda Judea y de Jerusalén, como también de la costa de Tiro y de Sidón. Habían venido a oírlo y para que los sanara de sus enfermedades.
6,18 Sanaba también a los atormentados por espíritus malos,
6,19 y toda esta gente trataba de tocarlo porque de él salía una fuerza que los sanaba a todos.
6,20 El, entonces, levantó los ojos hacia sus discípulos, y dijo:
«Felices los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios.
6,21 Felices ustedes que ahora tienen hambre, porque serán satisfechos.
Felices ustedes que lloran, porque reirán.
6,22 Felices ustedes si los hombres los odian, los expulsan, los insultan y los consideran unos delincuentes a causa del Hijo del Hombre.
6,23 En ese momento alégrense y llénense de gozo, porque les espera una recompensa grande en el cielo. Por lo demás, ésa es la manera como trataron también a los profetas en tiempos de sus padres.
6,24 Pero, ¡pobres de ustedes, los ricos, porque ustedes tienen ya su consuelo!
6,25 ¡Pobres de ustedes que ahora están satisfechos, porque después tendrán hambre!
¡Pobres de ustedes que ahora ríen, porque van a llorar de pena!.
6,26 ¡Pobres de ustedes cuando todos hablen bien de ustedes, porque de esa misma manera trataron a los falsos profetas en tiempos de sus antepasados!

El amor a los enemigos
(Mt 5,40)

6,27 [+]Pero yo les digo a ustedes que me escuchan: Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian,
6,28 bendigan a los que los maldicen, rueguen por los que los maltratan.
6,29 Al que te golpea en una mejilla, preséntale la otra. Al que te arrebata el manto, entrégale también el vestido.
6,30 Da al que te pide, y al que te quita lo tuyo, no se lo reclames.
6,31 Traten a los demás como quieren que ellos les traten a ustedes.
6,32 [+]Porque si ustedes aman a los que los aman ¿qué mérito tienen? Hasta los malos aman a los que los aman.
6,33 Y si hacen bien a los que les hacen bien, ¿qué mérito tienen? También los pecadores obran así.
6,34 Y si prestan algo a los que les pueden retribuir, ¿qué mérito tienen? También los pecadores prestan a pecadores para recibir de ellos igual trato.
6,35 [+]Por el contrario, amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar algo en cambio. Entonces la recompensa será grande y serán hijos del Altísimo, que es bueno con los ingratos y los pecadores.
6,36 Sean compasivos, como es compasivo el Padre de ustedes.
6,37 No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados; perdonen y serán perdonados.
6,38 Den, y se les dará; recibirán una medida bien llena, apretada y rebosante; porque, con la medida que ustedes midan; serán medidos.»
6,39 Les dijo además esta comparación:
¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán juntos en el hoyo?
6,40 Pues el discípulo no es superior a su maestro; si se deja guiar, se parecerá a su maestro.
6,41 ¿Y por qué te fijas en la pelusa que tiene tu hermano en un ojo si no eres consciente de la viga que tienes en el tuyo?
6,42 ¿Cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, deja que te saque la pelusa que tienes en el ojo, siendo que tú no ves la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás con claridad y podrás sacar la pelusa del ojo de tu hermano.
6,43 [+]No hay árbol bueno que dé una fruta mala, y el árbol que no es sano tampoco dará fruta buena.
6,44 Además, todo árbol se reconoce por su fruto. No se sacan higos de los espinos, ni de las zarzas se sacan uvas.
6,45 El hombre bueno saca cosas buenas del tesoro que tiene adentro, y el que es malo, de su fondo malo saca cosas malas; porque su boca habla de lo que abunda en el corazón.
6,46 ¿Porqué me llaman Señor, Señor, y no hacen lo que yo digo?
6,47 Les voy a decir a quién se parece el que viene a escuchar mis palabras y las practica.

6,48 Se parece a un hombre que, al construir su casa, cavó bien profundamente y puso los cimientos sobre la roca. Vino una inundación y la corriente se precipitó sobre su casa, pero no pudo removerla porque estaba bien construida.
6,49 Por el contrario, el que escucha mi palabra, pero no la practica, se parece a un hombre que construye sobre tierra, sin cimientos. La corriente se precipitó sobre ella y en seguida se desmoronó, siendo grande el desastre de esa casa.»

La fe de un pagano
(Mc 8,5; Jn 4,46)

7,1 +Cuando terminó de dirigir estas palabras al pueblo, Jesús entró en Cafarnaúm.
7,2 Había un capitán que tenía un sirviente enfermo y a punto de morir, a quien quería mucho.
7,3 Habiendo oído hablar de Jesús, le envió algunos judíos importantes, para rogarle que fuera a sanar a su servidor.
7,4 Al llegar donde estaba Jesús, le suplicaban insistentemente, diciéndole: «Este hombre merece que le hagas este favor,
7,5 pues ama nuestro pueblo y nos edificó una sinagoga.»
7,6 Jesús se puso en camino con ellos, y no estaban muy lejos de la casa, cuando el capitán envió a unos amigos para que le dijeran: «Señor, no te molestes más, porque soy bien poca cosa para que entres a mi casa;
7,7 por eso, ni siquiera me atreví a ir donde ti. Pero di una palabra solamente y mi sirviente sanará.
7,8 Yo mismo, aunque soy un subalterno, tengo autoridad sobre mis soldados y, cuando le ordeno a uno que vaya, va, y si le digo a otro que venga, viene, y si digo a mi sirviente que haga algo; lo hace.»
7,9 Al oír estas palabras, Jesús quedó admirado, y, volviéndose hacia el pueblo que lo seguía, dijo: «Les declaro que ni siquiera en Israel he hallado una fe tan grande.»
7,10 Y, cuando los enviados volvieron, encontraron al servidor en perfecta salud.

Jesús resucita al hijo de una viuda

7,11 +Jesús se dirigió poco después a un pueblo llamado Naím y con él iban sus discípulos y un pueblo numeroso.
7,12 Pues bien, cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, llevaban a enterrar a un hijo único cuya madre era viuda. Una buena parte de la población seguía el funeral.
7,13 Al verla, el Señor se compadeció de ella y le dijo: «No llores.»
7,14 Después se acercó hasta tocar la camilla. Los que la llevaban se detuvieron. Dijo Jesús entonces: «Joven, te lo mando: levántate.»
7,15 Y el muerto se sentó y se puso a hablar. Y Jesús se lo devolvió a su madre.
7,16 El temor de Dios se apoderó de todos, y lo alabaron con estas palabras: «Es un gran profeta el que nos ha llegado; Dios ha visitado a su pueblo.»
7,17 Y por toda la Judea y por las regiones vecinas, contaban lo que Jesús había hecho.

Jesús responde a los enviados de Juan Bautista
(Mt 11,2)

7,18 +Los discípulos de Juan lo ponían al tanto de todo esto. El, llamando a dos de ellos,
7,19 los envió para que preguntaran al Señor: «¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a otro?
7,20 Llegados donde Jesús, esos hombres le dijeron: «Juan Bautista nos manda decirte: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?»
7,21 En ese momento Jesús sanaba a varias personas afligidas de enfermedades, de achaques, de espíritus malignos, y devolvía la vista a algunos ciegos.
7,22 Jesús, pues, contestó a los mensajeros: «Vayan a contarle a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia la Buena Nueva a los pobres.
7,23 Y además ¡feliz el que me encuentra y no se confunde conmigo!»
7,24 +Una vez que se fueron los enviados de Juan, Jesús se puso a decir a la gente, refiriéndose a Juan: «¿Qué fueron a contemplar al desierto? ¿Una caña movida por el viento?
7,25 ¿Qué fueron a ver? ¿Un hombre vestido con ropas finas? Pero los que se ponen trajes elegantes: y llevan una vida de placeres, están en los palacios de los reyes.
7,26 Entonces, ¿qué fueron a ver? ¿un profeta? Eso sí, y les declaro que Juan es más que un profeta,

7,27 pues se refiere a Juan esta profecía: *mira que mando a mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino*.
7,28 Yo les aseguro que, entre los nacidos de mujer, no hay nadie mayor que Juan; sin embargo, el más pequeño en el Reino de Dios es más que él.
7,29 Toda la gente que lo oyó, hasta los publicanos, reconocieron el llamado de Dios y recibieron el bautismo de Juan.
7,30 En cambio, los fariseos y los maestros de la Ley despreciaron el designio de Dios al no hacerse bautizar por él.
7,31 ¿Con quién puedo comparar a esta clase de hombres? ¿A quién se parecen?
7,32 Se parecen a esos niños que, sentados en la plaza, se quejan unos de otros: les tocamos la flauta y ustedes no bailaron, les entonamos canciones tristes y no lloraron.
7,33 Lo mismo pasó con Juan Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y ustedes dijeron: Está endemoniado.
7,34 Luego viene el Hijo del Hombre, que come y bebe, y ustedes dicen: Es un glotón y un borracho, amigo de publicanos y de personas malas.
7,35 Pero la Sabiduría de Dios fue la que dispuso estas cosas, y los suyos la reconocieron.»

El fariseo y la mujer pecadora

7,36 +Un fariseo había invitado a Jesús a comer. Entró en casa del fariseo y se acostó en el sofá según la costumbre.
7,37 En ese pueblo había una mujer conocida como pecadora. Esta, al enterarse de que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, compró un vaso de perfume y, entrando, se puso de pie detrás de Jesús.
7,38 Allí se puso a llorar junto a sus pies, los secó con sus cabellos, se los cubrió de besos y se los ungió con el perfume.
7,39 Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo interiormente: «Si este hombre fuera profeta, sabría quién es y qué clase de mujer es la que lo toca: una pecadora.»
7,40 Pero Jesús, tomando la palabra, le dijo: «Simón, tengo algo que decirte.» Simón contestó: «Di, Maestro.»
7,41 «Un prestamista tenía dos deudores, uno le debía quinientas monedas y el otro cincuenta.
7,42 Como no tenían con qué pagarle, les perdonó la deuda a los dos. ¿Cuál de los dos lo querrá más?»
7,43 Contestó Simón: «Pienso que aquel a quien le perdonó más.» Jesús le dijo: «Juzgaste bien.»
7,44 Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré a tu casa no me ofreciste agua para los pies; mientras que ella los mojó con sus lágrimas, y los secó con sus cabellos.
7,45 Tú no me besaste al llegar; pero ella, desde que entró, no ha dejado de cubrirme los pies con sus besos.
7,46 No me echaste aceite en la cabeza; ella, en cambio, derramó perfume en mis pies.
7,47 Por esto te digo que sus pecados, sus numerosos pecados, le quedan perdonados, por el mucho amor que demostró. Pero aquel a quien se le perdona poco, demuestra poco amor.»
7,48 Después dijo a la mujer: «Tus pecados te quedan perdonados.»
7,49 Los que estaban con él a la mesa comenzaron a preguntarse:
«¿Quién es este hombre que ahora pretende perdonar los pecados?»
7,50 Pero, de nuevo, Jesús habló a la mujer: «Tu fe te ha salvado; vete en paz.»

Las mujeres que acompañaban a Jesús

8,1 +Jesús iba recorriendo ciudades y aldeas, predicando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios. Lo acompañaban los Doce
8,2 y también algunas mujeres a las que había sanado de espíritus malos o de enfermedades: María, por sobrenombre Magdalena, de la que habían salido siete demonios;
8,3 Juana, mujer de Cuza, administrador de Herodes; Susana, y varias otras que los atendían con sus propios recursos.

La comparación del sembrador
(Mc 4,1; Mt 13,1)

8,4 Estaban reunidas muchísimas personas que habían venido a verlo desde muchas ciudades. Entonces empezó a hablarles por medio de comparaciones:
8,5 «El sembrador salió a sembrar. Y, mientras sembraba, una parte del grano cayó al borde del camino, la pisotearon, y las aves del cielo se la comieron.

8,6 Otra parte cayó sobre la roca y después que brotó, se secó por falta de humedad.
8,7 Otra cayó entre espinos, los espinos al crecer la ahogaron.
8,8 Otra cayó en tierra buena, creció y produjo el ciento por uno.»
Y, al terminar, Jesús clamaba: «El que tenga oídos para oír, oiga.»
8,9 +Sus discípulos le preguntaron lo que quería decir esa comparación.
8,10 Jesús les contestó: «A ustedes se les concede conocer los misterios del Reino de Dios; los otros no tendrán más que comparaciones para que *vean sin ver y oigan sin comprender*.
8,11 Esto es lo que significa la comparación: La semilla es la Palabra de Dios.
8,12 Los que están al borde del camino son los que han oído, pero después viene el diablo y arranca la Palabra de su corazón, pues no quiere que crean y se salven.
8,13 Los que están sobre la roca son los que, cuando oyen la Palabra, la acogen con alegría, pero no tienen raíz. No creen más que por un momento y fallan en la hora de la prueba.
8,14 Lo que cayó entre espinos son los que han oído, pero, al pasar el tiempo, las preocupaciones, la riqueza y los placeres de la vida los ahogan, de suerte que no llegan a madurar.
8,15 Y los que están en buena tierra son los que reciben la Palabra con un corazón noble y generoso, la conservan y producen fruto por ser constantes.
8,16 Nadie enciende una lámpara para cubrirla con un envase o ponerla debajo de la cama. Por el contrario, la pone en un candelero, para que los que entren vean la luz.
8,17 No hay nada escondido que no salga a la luz, ni nada tan secreto que no llegue a conocerse claramente.
8,18 Por tanto, fíjense bien en la manera como escuchan. Porque, al que produce se le dará, y al que no produce, se le quitará hasta lo que cree tener.»

Están tu madre y tus hermanos
(Mc 3,31; Mt 12,46)

8,19 +Su madre y sus parientes querían verlo, pero no podían acercársele por el gentío que había.
8,20 Alguien dio a Jesús este recado: «Tu madre y tus hermanos, están afuera y quieren verte.»
8,21 Pero Jesús respondió: «Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra.»

La tempestad calmada
(Mc 4,35; Mt 8,18)

8,22 Un día subió Jesús a una barca con sus discípulos. Les dijo: «Pasemos a la otra orilla del lago.» Y ellos remaron mar adentro.
8,23 Mientras navegaban, Jesús se durmió. De repente, una tempestad se desencadenó sobre el lago, y la barca se fue llenando de agua, a tal punto que peligraban.
8,24 Se acercaron a él y lo despertaron: «Maestro, Maestro, estamos perdidos.» Jesús se levantó, y amenazó al viento y a las olas encrespadas; éstas se tranquilizaron y todo quedó en calma.
8,25 Después les dijo:
«¿Dónde está la fe de ustedes?»
Los discípulos quedaron llenos de temor y de admiración y se decían entre ellos:
«¿Quién es éste que puede mandar a los vientos y las olas, y le obedecen?»

El endemoniado y los cerdos
(Mc 5,1; Mt 8,28)

8,26 Llegaron a la región de los gerasenos, que se halla al otro lado del lago, frente a la Galilea.
8,27 Acababa de desembarcar, cuando de este pueblo vino a su encuentro un hombre poseído de demonios. Desde hacía mucho tiempo no se vestía, no vivía en una casa, sino en las tumbas.
8,28 Viendo a Jesús se puso a gritar, cayó a sus pies y dijo en voz alta: «¿Qué quieres conmigo, Jesús, hijo del Dios Altísimo? Te lo ruego, no me atormentes.»
8,29 Es que Jesús había mandado al espíritu malo que saliera de ese hombre. Porque, en diversas ocasiones, el espíritu se había apoderado de él y en esos momentos, por más que lo ataran con cadenas y grillos, él rompía las ataduras y el demonio lo arrastraba a lugares solitarios.
8,30 Jesús le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?» Y él contestó: «Multitud.» Porque muchos demonios habían entrado en él,
8,31 y rogaban a Jesús que no les ordenara irse al abismo.

8,32 Había en ese lugar un buen número de cerdos comiendo en el cerro. Los demonios suplicaron a Jesús que les permitiera entrar en los cerdos, y él se los permitió.
8,33 Salieron, pues, del hombre, entraron en los cerdos y, desde el acantilado, se precipitaron al lago y se ahogaron.
8,34 Viendo lo que había pasado, los cuidadores huyeron llevando la noticia a la ciudad y a los campos.
8,35 Luego la gente salió a ver qué había pasado. Al llegar cerca de Jesús, encontraron al hombre del que habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido y en su sano juicio.
8,36 Todos se asustaron, y los que habían sido testigos les contaron cómo el endemoniado había sido sanado.
8,37 Entonces todo el pueblo del territorio de los gerasenos pidió a Jesús que se alejara de ellos, porque un miedo muy fuerte se había apoderado de ellos.
Jesús subió a la barca para volver.
8,38 Entonces el hombre del que habían salido los demonios le rogaba que lo admitiera en su compañía, pero Jesús lo despidió diciéndole:
8,39 «Vuélvete a tu casa y cuenta todo lo que Dios ha hecho por ti.» Se fue, pues, publicando en la ciudad entera todo lo que Jesús hizo por él.

Jesús resucita a la hija de Jairo
(Mc 5,21; Mt 9,18)

8,40 Cuando regresó Jesús, lo recibió una gran multitud, porque todos estaban esperándolo.
8,41 En esto se presentó un hombre llamado Jairo, que era dirigente de la sinagoga. Cayendo a los pies de Jesús, le suplicaba que fuera a su casa,
8,42 porque tenía una hija única, de unos doce años, que se estaba muriendo.
Mientras Jesús caminaba a casa de Jairo, la gente lo apretaba casi hasta ahogarlo.
8,43 En ese momento, una mujer que padecía hemorragias desde hacía doce años se acercó por detrás. Había gastado en manos de los médicos todo lo que tenía y nadie la había podido mejorar.
8,44 Tocó el fleco de la capa de Jesús y en el mismo instante se detuvo el derrame de sangre.
8,45 Jesús preguntó: «¿Quién me ha tocado?» Como todos decían: «Yo no», Pedro expresó: «Maestro, es la multitud la que te aprieta y te oprime.»
8,46 Jesús replicó: «Alguien me tocó; yo sentí que una fuerza salía de mí.»
8,47 Al verse descubierta, la mujer se presentó muy temerosa y, echándose a sus pies, contó delante de todos por qué razón ella lo había tocado y cómo había quedado instantáneamente sana.
8,48 El le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz.»
8,49 Estaba todavía hablando, cuando alguien vino a decir al dirigente de la sinagoga: «Murió tu hija; no molestes más al Maestro.»
8,50 Pero Jesús, que lo había oído, contestó: «No temas; basta que creas, y tu hija se salvará.»
8,51 Cuando llegó a la casa, no dejó entrar a nadie con él, sino a Pedro, Juan y Santiago, junto con el padre y la madre de la niña.
8,52 Los demás gritaban y se lamentaban junto con las lloronas. Jesús les dijo: «No lloren; la niña no está muerta, sino que duerme.»
8,53 Pero ellos se burlaron de él porque sabían que estaba muerta.
8,54 Sin embargo, Jesús, tomándola de la mano, la llamó con estas palabras: «Niña, levántate.»
8,55 Volvió a ella su espíritu, y en el mismo instante se levantó. Jesús ordenó que le dieran de comer,
8,56 pues sus padres quedaban sobrecogidos de admiración, pero él les mandó que no le dijeran a nadie lo que había pasado.

Jesús envía a los Doce
(Mt 10,5; Mc 6,7)

9,1 Habiendo reunido a los Doce, Jesús les dio autoridad sobre todos los demonios y poder para sanar las enfermedades.
9,2 Y los envió a anunciar el Reino de Dios y a hacer curaciones.
9,3 Les dijo: «No lleven nada para el camino, ni bastón, ni bolsa, ni pan, ni plata, y tengan un solo vestido.
9,4 Cuando los reciban en una casa, quédense ahí hasta que dejen ese lugar,
9,5 y si en alguna parte no los reciben, salgan de esa ciudad y sacudan el polvo de los pies, como para acusarlos.»
9,6 Partieron los Doce a recorrer los pueblos, predicando la Buena Nueva y haciendo curaciones por todas partes donde pasaban.

9,7 Supo el rey Herodes todo lo que estaba pasando, y no sabía qué pensar, porque algunos decían: «Es Juan que ha resucitado de entre los muertos»,
9,8 y otros: «Es Elías, que ha reaparecido», y otros: «Es alguno de los antiguos profetas que ha resucitado.»
9,9 Pero Herodes pensó: «A Juan yo le hice cortar la cabeza. ¿Quién es entonces éste del cual me cuentan cosas tan raras?» Y tenía ganas de verlo.
9,10 A su vuelta, los apóstoles contaron a Jesús todo lo que habían hecho. El los llevó consigo, en dirección a una ciudad llamada Betsaida, para estar a solas con ellos.
9,11 Pero la gente se dio cuenta y lo siguieron. Jesús los acogió y se puso a hablarles del Reino de Dios, y devolvió la salud a los que necesitaban curación.

Jesús multiplica el pan
(Mc 6,30; Mt 14,13; Jn 6,1)

9,12 +El día comenzaba a declinar. Los Doce se acercaron para decirle: «Despide a la gente. Que vayan a las aldeas y pueblecitos de los alrededores en busca de alojamiento y comida, porque aquí estamos en un lugar solitario.»
9,13 Jesús les contestó. «Denles ustedes mismos de comer.» Ellos dijeron: «No tenemos más que cinco panes y dos pescados, a menos que fuéramos nosotros mismos a comprar alimentos para todo este gentío.»
9,14 Porque había unos cinco mil hombres. Pero Jesús dijo a sus discípulos: «Háganlos sentarse en grupos de cincuenta.»
9,15 Así hicieron los discípulos, y todos se sentaron.
9,16 Jesús entonces tomó los cinco panes y los dos pescados, levantó los ojos al cielo, dijo la bendición, los partió y se los entregó a sus discípulos para que los distribuyeran a la gente.
9,17 Todos comieron cuanto quisieron y se recogieron doce canastos de -sobras.

Pedro proclama su fe en Cristo
(Mc 8,27; Mt 16,13)

9,18 +Un día Jesús se había ido a un lugar apartado para orar, y estaban sus discípulos con él. Les hizo esta pregunta: «La gente, ¿quién dice que soy yo?»
9,19 Ellos contestaron: «Unos dicen que eres Juan Bautista; otros, Elías, y otros, que eres alguno de los profetas antiguos que ha resucitado.»
9,20 Entonces les preguntó: «¿Y ustedes, quién dicen que soy yo?»
Y Pedro respondió: «Que tú eres el Cristo de Dios.»
9,21 Jesús les prohibió estrictamente que se lo dijeran a nadie.
9,22 +«Porque ─les decía─ el Hijo del Hombre tiene que sufrir mucho y ser rechazado por las autoridades judías, por los jefes de los sacerdotes y por los maestros de la Ley. Le quitarán la vida y al tercer día resucitará.»
9,23 Después, Jesús dijo a toda la gente: «Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y me siga.
9,24 El que quiera asegurar su vida la perderá, el que pierda su vida por causa mía, la asegurará.
9,25 ¿De qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero, si se pierde o se perjudica a sí mismo?
9,26 Si alguien se avergüenza de mí y de mis palabras, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga rodeado de su Gloria, de la del Padre y de los ángeles santos.
9,27 Les digo, y es pura verdad, que algunos de los aquí presentes no morirán sin antes haber visto el Reino de Dios.»

La transfiguración de Jesús
(Mc 9,2; Mt 17,1; Jn 12,28)

9,28 +Ocho días después de estos discursos, Jesús llevó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y subió a un cerro a orar.
9,29 Y mientras estaba orando, su cara cambió de aspecto y su ropa se puso blanca y fulgurante.
9,30 Dos hombres, que eran Moisés y Elías, conversaban con él.
9,31 Se veían resplandecientes y le hablaban de su partida, que debía cumplirse en Jerusalén.
9,32 Pedro y sus compañeros se sintieron invadidos por el sueño. Pero se despertaron de repente y vieron la Gloria de Jesús y a los dos hombres que estaban con él.

9,33 Cuando éstos se alejaron, Pedro dijo a Jesús: «Maestro, ¡qué bueno que estemos aquí!; levantemos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» Pues no sabía lo que decía.
9,34 Estaba todavía hablando cuando se formó una nube que los cubrió con su sombra. Al quedar envueltos en la nube se atemorizaron,
9,35 pero de la nube salió una voz que decía: «Este es mi Hijo, mi Elegido; escúchenlo.»
9,36 Después que llegaron estas palabras, Jesús volvió a estar solo.
Los discípulos guardaron silencio por esos días, y no contaron nada a nadie de lo que habían visto.

Jesús sana al joven epiléptico
(Mc 9,14; Mt 17,14)

9,37 Al día siguiente, cuando bajaban del cerro, se encontraron con un pueblo numeroso
9,38 y, de en medio de la multitud, un hombre se puso a gritar: «Maestro, te pido que mires a este muchacho, que es mi único hijo.
9,39 Cuando el demonio se apodera de él, comienza a gritar. Luego el demonio lo sacude con violencia y lo hace echar espumarajos; cuesta mucho para que lo suelte y lo deja muy agotado.
9,40 Pedí a tus discípulos que echaran al demonio, pero no pudieron.»
9,41 Jesús respondió: «Gente incrédula y extraviada, ¿hasta cuándo estaré entre ustedes y tendré que soportados?
9,42 Trae tu hijo para acá.» En el momento en que se acercaba el muchacho, el demonio lo echó al suelo con violentas sacudidas. Jesús expulsó al espíritu malo, el muchacho sanó y Jesús lo devolvió a su padre,
9,43 mientras todos quedaban maravillados ante el poder magnífico de Dios.
(Me 9,30)
Mientras todos quedaban admirados por las cosas que hacía, Jesús dijo a sus discípulos:
9,44 «Ustedes deben entender muy bien esto: El Hijo del Hombre tiene que ser entregado en manos de los hombres.»
9,45 Pero ellos no comprendieron estas palabras. Algo les impedía comprender lo que significaban y temían pedirle una aclaración.
9,46 +Un día comenzaron a discutir sobre cuál de ellos era el más importante.
9,47 Pero Jesús se dio cuenta de lo que les preocupaba y, tomando a un niño, lo puso a su lado,
9,48 y les dijo: «El que recibe a este niño en Mi Nombre, me recibe a mí, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió; porque el más pequeño entre todos ustedes, ése es el más grande.»
9,49 Juan, tomando la palabra, dijo: «Maestro, vimos a uno que hacía uso de tu Nombre para echar a los demonios, y nosotros se lo prohibimos, porque no se junta con nosotros.»
9,50 Pero Jesús le dijo: «No se lo impidan; el que no está contra ustedes, está con ustedes.»

No quieren acoger a Jesús en un pueblo

9,51 +Como ya se acercaba el tiempo en que sería llevado al cielo, emprendió resueltamente el camino a Jerusalén.
9,52 Había mandado mensajeros delante de él, los cuales, caminando, entraron en un pueblo samaritano para prepararle alojamiento.
9,53 Pero los samaritanos no lo quisieron recibir, porque iba a Jerusalén.
9,54 Al ver esto, los discípulos Santiago y Juan le dijeron: «Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que los consuma?»
9,55 Pero Jesús, dándose vuelta, los reprendió,
9,56 y pasaron a otra aldea.

Las exigencias del Maestro
(Mt 8,19)

9,57 +Cuando iban de camino, alguien le dijo: «Te seguiré adondequiera que vayas.»
9,58 Jesús le respondió: «Los zorros tienen madrigueras y las aves del cielo tienen sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde descansar la cabeza.»
9,59 A otro le dijo: «Sígueme.» Este le contestó: «Deja que me vaya y pueda primero enterrar a mi padre.»
9,60 Pero Jesús le dijo: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; pero tú tienes que salir a anunciar el Reino de Dios.»
9,61 Otro le dijo: «Te seguiré, Señor, pero permíteme que me despida de los míos.»

9,62 Jesús entonces le contestó: «Todo el que pone la mano al arado y mira para atrás, no sirve para el Reino de Dios.»

Jesús envía a los setenta y dos discípulos
(Mt 10,5; Mc 6,7)

10,1 +Después de esto, el Señor eligió a otros setenta y dos discípulos y los envió de dos en dos, delante de él, a las ciudades y lugares a donde él debía ir.
10,2 Les dijo: «Hay mucho que cosechar, pero los obreros son pocos; por eso, rueguen al dueño de la cosecha que envíe obreros a su cosecha.
10,3 Vayan, pero sepan que los envío como corderos en medio de lobos.
10,4 No lleven bolsa, ni saco, ni sandalias. Y no traten de hospedarse donde algún conocido.
10,5 En la casa que entren, digan como saludo: Paz para esta casa.
10,6 Si ahí vive un hombre de paz, recibirá esta paz que ustedes le traen; pero si no la merece, la bendición volverá a ustedes.
10,7 Quédense en esa casa, comiendo y bebiendo lo que les den; porque el obrero merece su salario.
10,8 No vayan de casa en casa. En toda ciudad que entren y los acojan, coman lo que les sirvan,
10,9 sanen sus enfermos y digan a ese pueblo: El Reino de Dios ha llegado a ustedes.
10,10 +Pero, en cualquier ciudad donde entren y no los acojan, salgan a las plazas y digan:
10,11 Hasta el polvo de la ciudad, que se nos ha pegado en los pies, lo sacudiremos y se lo dejaremos. Con todo, sépanlo bien: el Reino de Dios está muy próximo.
10,12 Yo les declaro que, en el día del Juicio, la ciudad de Sodoma será tratada con menos rigor que esa ciudad.
10,13 ¡Pobre de ti, ciudad de Corozain! ¡Pobre de ti, Betsaida! Porque si los milagros que se han hecho en ustedes se hubieran realizado en Tiro y Sidón, hace mucho tiempo que sus habitantes habrían hecho penitencia, vestidos de saco y sentados en la ceniza.
10,14 Por eso Tiro y Sidón, en el día del Juicio, serán tratadas menos rigurosamente que ustedes.
10,15 Y tú, ciudad de Cafarnaúm, ¿crees que te alzarás hasta el cielo? *Serás precipitada hasta el lugar de los muertos.*
10,16 El que los escucha a ustedes, a mí me escucha; el que los rechaza, a mí me rechaza, y el que a mí me rechaza, rechaza al que me envió.»

Jesús da gracias al Padre
(Mt 11,25)

10,17 +Los Setenta y dos volvieron muy felices, diciendo: «Señor, en tu Nombre sometimos hasta a los demonios.»
10,18 Jesús les dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo.
10,19 Sepan que les di el poder de pisotear a las serpientes, a los escorpiones y a todas las fuerzas del enemigo, y nada podrá dañarles a ustedes.
10,20 Sin embargo, no se alegren porque someten a los demonios; alégrense más bien porque sus nombres están escritos en los cielos.»
10,21 En ese mismo momento, Jesús, movido por el Espíritu Santo, se estremeció de alegría y dijo: «Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes y se las has mostrado a los pequeñitos. Sí, Padre, así te pareció bien.
10,22 Mi Padre puso todas las cosas en mis manos, y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera dárselo a conocer.»
10,23 Después, volviéndose hacia sus discípulos, Jesús les dijo a ellos aparte: «¡Felices los ojos que ven lo que ustedes ven!
10,24 Porque, se lo digo, muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven, y no lo vieron, y oír lo que ustedes oyen, y no lo oyeron.»

El buen samaritano
(Mc 22,34; Mc 12,28)

10,25 +Se levantó un maestro de la Ley y, para ponerlo en apuros le dijo: «Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?»
10,26 Jesús le dijo: «¿Qué dice la Biblia, qué lees en ella?»
10,27 Contestó: *«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y con todo tu espíritu; y a tu prójimo como a ti mismo.»*

10,28 Jesús le dijo: «Tu respuesta es exacta; haz eso y vivirás.»
10,29 Pero él quiso dar el motivo de su pregunta y dijo a Jesús: «¿Quién es mi prójimo?»
10,30 Jesús empezó a decir: «Bajó un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de bandidos que lo despojaron de todo. Y se fueron después de haberlo molido a golpes; dejándolo medio muerto.
10,31 Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote, quien al verlo pasó por el otro lado de la carretera y siguió de largo.
10,32 Lo mismo hizo un levita que llegó a ese lugar: lo vio, tomó el otro lado del camino y pasó de largo.
10,33 Pero llegó cerca de él un samaritano que iba de viaje, lo vio y se, compadeció.
10,34 Se le acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó. Después lo puso en el mismo animal que él montaba, lo condujo a un hotel y se encargó de cuidarlo.
10,35 Al día siguiente, sacó dos monedas y se las dio al hotelero, diciéndole: «Cuídalo. Lo que gastes de más, yo te lo pagaré a mi vuelta.»
10,36 Jesús entonces preguntó: «Según tu parecer, ¿cuál de estos tres se portó como prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?»
10,37 El contestó: «El que se mostró compasivo con él.» Y Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo.»

Marta y María

10,38 [+]Yendo de camino, entró Jesús en un pueblo y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa.
10,39 Tenía ésta una hermana de nombre María, que se sentó a los pies del Señor para escuchar su palabra.
10,40 Marta, en cambio, estaba muy ocupada con los muchos quehaceres. En cierto momento se acercó a Jesús y le preguntó: «Señor, ¿no se te da nada que mi hermana me deje sola para atender?. Dile que me ayude.»
10,41 Pero el Señor le respondió: «Marta, Marta, tú te inquietas y te preocupas por muchas cosas.
10,42 En realidad, una sola es necesaria. María escogió la parte mejor, la que no le será quitada.»

Jesús nos enseña cómo orar
(Mt 6,9; 7,7)

11,1 [+]Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando terminaba su oración, uno de sus discípulos le pidió: «Señor, enséñanos a orar así como Juan enseñó a sus discípulos.»
11,2 El les dijo: «Cuando recen, digan:
Padre,
santificado sea tu Nombre,
venga tu Reino.
11,3 Danos cada día el pan del día.
11,4 Perdónanos nuestros pecados,
pues nosotros perdonamos
a todo el que nos debe.
Y no nos dejes caer en la prueba.»
11,5 [+]Les dijo también: «Supongan que uno de ustedes va a medianoche donde un amigo para decirle: Amigo, préstame, por favor, tres panes,
11,6 porque me llegó un amigo de viaje y no tengo nada que ofrecerle.
11,7 Pero el otro responde desde adentro: No me molestes; la puerta está cerrada y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos.
11,8 Yo les digo que, si el de afuera sigue golpeando, por fin se levantará a dárselos. Si no lo hace por ser amigo suyo, lo hará para que no lo siga molestando, y le dará todo lo que necesita.
11,9 Pues bien, yo les digo: Pidan y se les dará, busquen y hallarán, llamen a la puerta y les abrirán.
11,10 Porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y, al que llame a una puerta, se le abrirá.
11,11 ¿Qué padre de entre ustedes, si su hijo le pide pescado, en vez de pescado le da una serpiente;
11,12 o si le pide un huevo, le pasa un escorpión?
11,13 Por lo tanto, si ustedes que son malos saben dar cosas buenas a sus hijos, cuánto más el Padre del Cielo dará espíritu santo a los que se lo pidan.»

Con Jesús o contra él
(Mc 3,22; Mt 12,23; Mc 4,21; 9,40)

11,14 +Otro día, Jesús liberaba a un mudo de su demonio. Salió el demonio, habló él mudo y la gente quedó admirada.
11,15 Pero algunos dijeron: «Este echa a los demonios con el poder de Beelzebú, jefe de los demonios.»
11,16 Otros, para ponerlo en apuros, exigían una señal que viniera realmente de Dios.
11,17 Pero él, conociendo sus pensamientos, les dijo: «Todo reino dividido por luchas internas, corre a la ruina y sus casas se desmoronan unas sobre otras.
11,18 Lo mismo Satanás, si está dividido en dos bandos, ¿cómo se mantendrá su reino?
11,19 Pues bien, si yo echo los demonios por poder de Beelzebú, los amigos de ustedes, ¿con ayuda de quién los echan? Ellos apreciarán estos comentarios.
11,20 ¿Cómo echaría yo los demonios sino con el dedo de Dios? Sepan, pues, que el Reino de Dios ha llegado a ustedes.
11,21 Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su casa, todas sus cosas están seguras,
11,22 pero si llega uno más fuerte y lo vence, le quita la armadura en que confiaba y distribuye todo lo que tenía.
11,23 +Quién no está conmigo, está contra mí, y quien no junta conmigo, desparrama.
11,24 +Cuando el espíritu malo ha salido de un hombre, anda vagando por lugares secos, en busca de reposo. Y, como no encuentra este reposo, dice: Volveré a mi casa de donde salí.
11,25 A su llegada, la encuentra barrida y ordenada.
11,26 Entonces va y se junta con otros siete espíritus peores que él; luego vuelve, entra y se queda. Y el estado de este hombre llega a ser peor que el anterior.»
11,27 +Mientras Jesús estaba hablando, una mujer levantó la voz en medio de la multitud y le dijo: «¡Feliz la que te dio a luz y te amamantó!»
11,28 Pero él declaró: «¡Felices pues, los que escuchan la palabra de Dios y la observan!»
11,29 +Como la gente se juntaba en mayor número, Jesús empezó a decir: «Los hombres de hoy son una gente mala; piden una señal, pero señal no tendrán. Solamente se les dará la señal de Jonás.
11,30 Porque, así como Jonás fue una señal para los habitantes de Nínive, así lo será el Hijo del Hombre para esta generación.
11,31 En el día del Juicio la reina del Sur se pondrá en pie para acusar a toda esa gente, porque vino de los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay alguien mucho mejor que Salomón.
11,32 En el día del Juicio los habitantes de Nínive se pondrán en pie para acusar a toda esa gente, porque cambiaron su conducta con la predicación de Jonás, y aquí hay alguien mucho mejor que Jonás.
11,33 Nadie enciende una lámpara para esconderla o taparla con. un envase, sino que la pone en el candelero, para que los que entren vean la claridad.
11,34 Tu ojo es tu lámpara. Si tu ojo es limpio, toda tu persona aprovecha la luz. Pero si es borroso, toda tu persona está también en la-confusión.
11,35 Cuida, pues, que la luz que hay en ti no se vuelva confusión.
11,36 Si toda tu persona se abre a la luz y no queda en ella nada oscuro, llegarás a ser pura luz, como cuando la lámpara te ilumina.»

¡Pobres de ustedes, fariseos!
(Mt 23,1)

11,37 +Cuando Jesús terminó de hablar, un fariseo lo invitó a comer -a su casa. Entró y sé Sentó a la mesa.
11,38 Viendo esto, el fariseo le manifestó su asombro, porque no lo había visto lavarse las manos antes de la comida.
11,39 Pero el Señor le dijo: «Eso son ustedes, fariseos. Purifican el exterior de copas y platos, pero el interior de ustedes está lleno de rapiñas y perversidades. ¡Estúpidos!
11,40 El que hizo lo exterior, ¿no hizo también lo interior?
11,41 Pero, según ustedes, basta dar limosna sin reformar lo interior y todo está limpio.
11,42 ¡Pobres de ustedes, fariseos, porque dan para el Templo la décima parte de todas las hierbas, sin olvidar la menta y la ruda, y mientras tanto descuidan la justicia y el amor a Dios! Esto es lo que tienen que hacer, sin dejar de hacer lo otro.
11,43 ¡Pobres de ustedes, fariseos, que gustan ocupar el primer puesto en las sinagogas y recibir saludos en las plazas!
11,44 ¡Pobres de ustedes, porque son como esas tumbas que no se notan y sobre las que se camina sin saberlo!»
11,45 Un maestro de la Ley tomó entonces la palabra y dijo: «Maestro, al hablar así nos ofendes también a nosotros.»

11,46 El contestó: «¡Pobres de ustedes también, maestros de la Ley!, que imponen a los hombres cargas insoportables, y luego, ni siquiera mueven un dedo para ayudarlos a que las lleven.
11,47 Pobres de ustedes, que levantan sepulcros a los profetas, después que los mataron los padres de ustedes!
11,48 ¿No será una manera de aprobar y de solidarizar con lo que hicieron sus padres? Ellos les dieron muerte, y ustedes ahora pueden construir.
11,49 +Ahora bien, la Sabiduría de Dios dice: Yo les voy a enviar profetas y apóstoles, pero ellos los matarán o los perseguirán.
11,50 Ustedes son a los que se pedirá cuenta de la sangre de todos los profetas que haya sido derramada desde la creación del mundo,
11,51 desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, que encontró la muerte entre el altar y el santuario. Sí, yo les aseguro, la presente generación pagará todo.
11,52 ¡Pobres de ustedes, maestros de la Ley, que se adueñaron de la llave del conocimiento! Ustedes no entraron y no dejaron que otros entraran.»
11,53 Cuando salió de ahí, los maestros de la Ley y los fariseos comenzaron a hostigarlo muy duramente: le pedían su parecer sobre un mundo de cosas, poniéndole trampas para ver si podían sorprenderlo en algún error.

No teman a los que matan el cuerpo
(Mc 3,28; Mt 10,19; 12,31; Mc 8,38).

12,1 +Entretanto, se habían reunido miles y miles de personas hasta el punto de que se aplastaban unos a otros. Jesús se puso a decir, primero a sus discípulos: «Desconfíen de la levadura, es decir, de la hipocresía de los fariseos.
12,2 Nada se halla tan oculto que no vaya a ser-descubierto, nada escondido que no deba ser conocido.
12,3 Por eso, todo lo que digan a oscuras será oído de día claro; y lo que digan al oído, en los lugares más retirados, será proclamado sobre los tejados.
12,4 Yo les digo a ustedes amigos míos: No teman a los que matan el cuerpo y en seguida no pueden hacer nada más.
12,5 Yo les voy a mostrar a quién deben temer: teman al que, después de quitarle a uno la vida tiene poder de echarlo al infierno; créanme que a ése deben temer.
12,6 ¿No se venden acaso cinco pajaritos por dos monedas? Y, sin embargo, Dios no olvida a ninguno de ellos.
12,7 En cuanto a ustedes, hasta los cabellos de su cabeza están contados. No teman, pues, ustedes valen más que muchos pajarillos.
12,8 Yo les aseguro que cualquiera que me reconozca delante de los hombres, el Hijo del Hombre, a su vez, lo reconocerá delante de los ángeles de Dios;
12,9 pero el que me desconozca en presencia de los hombres, será desconocido en presencia de los ángeles de Dios.
12,10 Toda persona que critique al Hijo del Hombre podrá ser perdonada, pero el que calumnie al Espíritu Santo no tendrá perdón.
12,11 Cuando los lleven ante las sinagogas, los jueces y las autoridades, no se preocupen pensando cómo se van a defender o qué van a decir,
12,12 porque el Espíritu Santo les enseñará en ese mismo momento lo que hay que decir.»

No está la vida en el poseer

12,13 +Uno, de en medio de la gente, llamó a Jesús: «Maestro, dile a mi hermano que reparta. conmigo nuestra herencia.»
12,14 El le contestó: «Amigo, ¿quién me ha hecho juez o partidor de herencias entre ustedes?»
12,15 Después les dijo: «Eviten con gran cuidado toda clase de codicia, porque, aunque uno lo tenga todo, no son sus pertenencias las que le dan vida.»
12,16 En seguida les propuso este ejemplo: «Había un hombre rico al que sus tierras le habían producido mucho.
12,17 Se decía a sí mismo: ¿Qué haré? Porque ya no tengo dónde guardar mis cosechas.
12,18 Pero pensó: Ya sé lo que voy a hacer: echaré abajo mis graneros y construiré otros más grandes, para guardar mi trigo y mis reservas.
12,19 Entonces yo conmigo hablaré: Alma mía, tienes muchas cosas almacenadas para muchos años; descansa, come; bebe, pásalo bien.»

12,20 Pero Dios le dijo: «Tonto, esta misma noche te reclaman tu alma, ¿quién se quedará con lo que amontonaste?»
12,21 Así le pasa al que amontona para sí mismo en vez de trabajar por Dios.

No se inquieten de cómo vivirán
(Mt 6,25)

12,22 Jesús dijo también a sus discípulos: «No se preocupen por la vida, pensando: ¿qué vamos a comer? No se inquieten por el cuerpo: ¿con qué nos vamos a vestir?
12,23 Porque la vida es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido.
12,24 Miren las aves; no siembran ni cosechan, no tienen despensa ni granero, y, sin embargo, Dios las alimenta. ¡Cuánto más valen ustedes que las aves!
12,25 Además, ¿quién de entre ustedes, por mucho empeño que haga, puede añadir un medio metro más a su estatura?
12,26 Entonces, si ni siquiera las cosas mas pequeñas están al alcance de ustedes, ¿por qué inquietarse por las mayores?
12,27 Miren los lirios, que no hilan ni tejen. Pues bien, yo les declaro que ni el mismo Salomón, con todo su lujo, se vistió como uno de ellos.
12,28 Y si Dios en el campo da tan lindo vestido a la hierba que hoy florece y mañana se echará al fuego, cuánto más hará por ustedes, gente de poca fe.
12,29 No estén siempre pendientes de lo que comerán o beberán; no se atormenten.
12,30 Los que viven para el presente mundo se preocupan por todas estas cosas. Ustedes, en cambio, piensen que su Padre sabe lo que necesitan.
12,31 Por tanto, trabajen por su Reino, y él les dará todas estas cosas por añadidura.
12,32 +No temas, pequeño rebaño, porque al Padre de ustedes le agradó darles el Reino.
12,33 Vendan lo que tienen y repártanlo en limosnas. Háganse bolsas que no se gasten, y júntense riquezas celestiales que no se acaban, donde el ladrón no puede llegar ni la polilla destruir.
12,34 Porque, donde está tu tesoro, ahí también estará tu corazón.

Estén prevenidos
(Mc 13,33; Mt 24,43; 6,19)

12,35 +Tengan puesta la ropa de trabajo, y que sus lámparas estén encendidas.
12,36 Estén como hombres que esperan a su patrón: él tiene que regresar de las bodas, y le abrirán apenas llegue y golpee a la puerta.
12,37 Felices los sirvientes a los cuales el patrón encuentre velando cuando llegue. Yo les digo que él mismo se pondrá el delantal, los hará sentarse a su mesa y los servirá uno por uno.
12,38 Felices si los encuentra así, aunque se presente a la medianoche o de madrugada.
12,39 Sépanlo bien: Si el dueño de casa supiera a qué hora vendrá el ladrón, estaría preparado para no permitirle entrar en su casa.
12,40 Ustedes también estén preparados, porque en el momento menos pensado, vendrá el Hijo del Hombre.»
12,41 Pedro dijo entonces: «Este ejemplo, ¿lo dijiste para nosotros no más o. para todos?»
12,42 El Señor contestó:, «¿Cuál es entonces el mayordomo fiel e inteligente que el patrón pondrá al frente de sus sirvientes para repartirles a su debido, tiempo la ración de trigo?
12,43 Feliz ese servidor al que su patrón, cuando llegue, encuentre tan bien ocupado.
12,44 Yo les declaro que lo pondrá al frente de todo lo que tiene.
12,45 Pero si ese servidor se pone a pensar: « ¡Mi patrón demora en llegar!», y empieza a golpear a sirvientes y sirvientas, a comer, a beber y a emborracharse,
12,46 vendrá su patrón el día que no lo espera y a la hora menos pensada; le quitará el puesto y lo tratará como a los traidores.
12,47 El servidor que, sabiendo lo que quiere su patrón, no tenga nada preparado, ni haya cumplido lo mandado, recibirá un severo castigo.
12,48 En cambio, el que, sin saberlo, hace cosas que merecen castigo, no será castigado con tanta seriedad. Al que se le ha dado mucho se le exigirá mucho, y al que se le ha confiado mucho se le pedirá más aún.

(Mt 10,34; 5,25; 16,2)

12,49 +Vine a traer fuego a la tierra, ¡y cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!

12,50 Pero también he de recibir un bautismo y ¡qué angustia siento hasta que se haya cumplido!
12,51 ¿Creen ustedes que yo vine para establecer la paz en la tierra? Les digo que no, sino la división.
12,52 En efecto, de ahora en adelante en una casa de cinco personas, habrá división, tres contra dos y dos contra tres;
12,53 división de padre contra hijo y de hijo en contra de su padre, de madre contra hija y de hija en contra de su madre, de suegra contra nuera y de nuera en contra de su suegra.»
12,54 +Decía además Jesús a la gente: «Cuando ustedes ven la nube que se levanta al poniente, inmediatamente dicen que va a llover; y así sucede.
12,55 Cuando sopla el viento sur, dicen que hará calor, y así sucede.
12,56 ¡Hipócritas! Ustedes saben interpretar el aspecto de la tierra y del cielo ¿Y no comprenden el tiempo presente?
12,57 ¿Y por qué no juzgan ustedes mismos lo que es justo?
12,58 Y mientras vas donde las autoridades con tu enemigo, aprovecha la caminata para reconciliarte con él, no sea que te arrastren delante del juez y que el juez te aplique la justicia y te echen a la cárcel.
12,59 Yo te aseguro que no saldrás de ahí sino cuando hayas pagado hasta el último centavo.»

Comparación de la higuera que no tiene higos

13,1 +En ese momento se presentaron algunos y le contaron a Jesús lo que había pasado con los galileos a quienes Pilato había dado muerte en el Templo, mezclando su sangre con la de sus sacrificios.
13,2 Jesús les contestó: «¿Creen ustedes que esos galileos eran más pecadores que todos los otros galileos por haber sufrido esa desgracia?
13,3 Yo les digo que no, pero si ustedes no toman otro camino, perecerán igualmente.
13,4 Y esas dieciocho personas que fueron aplastadas, cuando la torre de Siloé se derrumbó, ¿creen ustedes que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén?
13,5 Les digo que no, pero, si no toman otro camino, todos perecerán igualmente.»
13,6 Jesús les puso además esta comparación: «Un hombre tenía una higuera que crecía en medio de su viña. Fue a buscar higos pero no halló.
13,7 Dijo entonces al viñador: «Mira, hace tres años que vengo a buscar higos a esta higuera, pero nunca encuentro nada. Córtala, pues no sirve más que para agotar la tierra.»
13,8 Pero él contestó:«Patrón, déjala un año más, así tendré tiempo para cavarle alrededor y echarle abono.
13,9 Puede ser que así dé frutos en: adelante, si no, la cortarás.»

Una curación en día sábado

13,10 +Jesús enseñaba un sábado en una sinagoga.
13,11 Había justamente ahí una mujer que, hacía dieciocho años, estaba poseída de un espíritu, que la tenía enferma; y estaba tan encorvada que de ninguna manera podía enderezarse.
13,12 Al verla Jesús, la llamó. Luego le dijo: «Mujer, quedas libre de tu mal»;
13,13 y le impuso las manos. Y en ese mismo momento ella se enderezó, alabando a Dios.
13,14 Pero el presidente de la sinagoga se enojó porque Jesús había hecho esta curación en día sábado, y dijo a la gente: «Hay seis días en los que se puede trabajar; vengan, pues, en esos días para que los sanen, pero no en día sábado.»
13,15 El Señor le respondió: «Hipócritas, ustedes mismos, ¿no desatan del pesebre en día sábado a su buey o a su burro para llevarlos a beber?
13,16 Y esta hija de Abraham que Satanás tenía atada desde hace dieciocho años, ¿no se debía desatarla precisamente en día sábado?»
13,17 Y mientras hablaba Jesús, sus adversarios se sentían avergonzados; pero toda la gente estaba feliz por tantas maravillas que él hacía.

Dos parábolas
(Mt 13,31; Mc 4,30)

13,18 +Dijo Jesús además: «¿A qué cosa se asemeja el Reino de Dios, y con qué lo puedo comparar?
13,19 Es semejante a un grano de mostaza que toma un hombre y lo siembra en su jardín. Crece, llega a ser arbusto y los pájaros del cielo se posan en sus ramas.»
13,20 Y dijo otra vez: «¿A qué cosa puedo comparar el Reino de Dios?
13,21 Es semejante a la levadura que toma una mujer y la mezcla con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta.»

La puerta angosta
(Mt 7,13; 8,11; 19,30; 23,37)

13,22 +Iba Jesús enseñando por ciudades y pueblos mientras se dirigía a Jerusalén.
13,23 Alguien le dijo: «Señor, ¿es verdad que pocos hombres se salvarán?»
13,24 Jesús respondió: «Esfuércense por entrar por la puerta angosta, porque yo les digo que muchos tratarán de entrar y no lo lograrán.
13,25 Cuando el dueño de casa se decida a cerrar la puerta, ustedes quedarán afuera y se pondrán a golpear, diciendo: ¡Señor, ábrenos! Pero él les contestará: No sé de dónde son ustedes.
13,26 Entonces ustedes comenzarán a decir: Nosotros comimos y bebimos contigo, tú enseñaste en nuestras plazas.
13,27 Pero él contestará: No sé de dónde son ustedes. *¡Aléjense de mí todos los malhechores!*
13,28 Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando vean a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras ustedes habrán sido echados fuera.
13,29 Y vendrán hombres del oriente y del poniente, del norte y del sur, a tomar parte del festín, en el Reino de Dios.
13,30 Pues algunos que ahora son últimos, serán los primeros, y en cambio los que ahora son primeros serán los últimos.»
13,31 En ese momento, unos fariseos vinieron a decirle: «Márchate de aquí porque Herodes quiere matarte.»
13,32 Jesús contestó: «Vayan a decirle a ese zorro: Mira que hoy y mañana arrojo demonios y hago curaciones, y al tercer día llego a mi término.
13,33 Pero hoy, mañana, pasado mañana, tengo que seguir mi camino, porque no conviene que un profeta sea muerto fuera de Jerusalén.
13,34 +¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos debajo de sus alas, y tú no lo has querido!
13,35 Pues bien, ustedes se quedarán con su casa vacía. Y les digo que ya no me verán hasta que llegue ese tiempo en que ustedes dirán: «*¡Bendito sea el que viene en el Nombre del Señor!*»

14,1 Una vez, Jesús fue a comer a la casa de uno de los fariseos más importantes. Era sábado, y ellos lo estaban espiando.
14,2 Y precisamente había allí, delante de él, un hombre que sufría de hinchazones.
14,3 Jesús, pues, preguntó a los maestros de la Ley y a los fariseos: «¿Está permitido devolverle a alguien la salud en día sábado, o no?»
14,4 Ellos se quedaron callados. Entonces Jesús toma de la mano al enfermo, lo sana y; lo despide.
14,5 Después les dice a ellos: «¿Quién de ustedes, si su burro o su buey llega a caer a un pozo, no lo saca en seguida aún en día sábado?»
14,6 Y ellos no supieron qué contestar.

Los primeros asientos

14,7 +Al notar cómo los invitados buscaban los primeros lugares, les dio esta lección:
14,8 «Si alguien te invita a una comida de bodas, no ocupes el primer lugar. Porque puede ser que haya sido invitado otro más importante que tú.
14,9 Entonces el que los invitó a los dos vendrá a decirte: deja tu lugar a esta persona. Y tú, rojo de vergüenza, tendrás que ir a ocupar el último asiento.
14,10 Al contrario, cuando te inviten, ponte en el último lugar, y, cuando llegue el que te invitó, te dirá: Amigo, acércate más. Y será un honor para ti en presencia de todos los que estén contigo a la mesa.
14,11 Porque el que se eleva será humillado y el que se humilla será elevado.»
14,12 +Jesús decía también al que lo había invitado: «Cuando des un almuerzo o una comida, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos, porque ellos también te invitarán a su vez y recibirás de ellos lo mismo que diste.
14,13 Al contrario, cuando ofrezcas un banquete, invita a los pobres, a los inválidos, a los cojos, a los ciegos,
14,14 y serás feliz porque ellos no tienen con qué pagarte. Pero tu recompensa la recibirás en la resurrección de los justos.»

Los invitados que se excusan
(Mt 22,1)

14,15 +A estas palabras, uno de los invitados le dijo: «Feliz el que tome parte en el banquete del Reino de Dios.»
14,16 Jesús respondió: «Un hombre daba un gran banquete, e invitó a mucha gente.
14,17 A la hora de la comida, envió a su sirviente a decir a los invitados: «Vengan, ya está todo listo.»
14,18 Pero todos, sin excepción, comenzaron a disculparse. El primero le dijo: «Compré un campo y es necesario que vaya a verlo; te ruego que me disculpes.»
14,19 El otro dijo: «Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Te ruego que me disculpes.»
14,20 Otro, dijo: «Acabo de casarme y por esta razón no puedo ir.»
14,21 El sirviente, al regresar, contó todo esto a su patrón. Este se enojó; pero dijo al sirviente: «Anda rápido por las plazas y calles de la ciudad y trae para acá a los pobres, a los inválidos, a los ciegos y a los cojos.»
14,22 Volvió el sirviente y dijo: «Señor, se hizo lo que mandaste y todavía queda lugar.»
14,23 El patrón le contestó: «Anda por los caminos y por los límites de las propiedades y obliga a la gente a entrar, de modo que mi casa se llene.
14,24 Porque, se lo digo, ninguno de esos señores que yo había invitado probará mi banquete.»

Lo que cuesta seguir a Jesús
(Mt 10,37)

14,25 +Caminaban con Jesús grandes multitudes y, dirigiéndose a ellos, les dijo:
14,26 «Si alguno quiere venir a mí, y no deja a un lado a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, y aún a su propia persona, no puede ser mi discípulo.
14,27 El que no carga con su cruz para seguirme, no puede ser mi discípulo.
14,28 En efecto, cuando uno de ustedes quiere construir una casa en el campo, ¿no comienza por sentarse a calcular los gastos, para ver si tiene con qué terminar?
14,29 Porque si pone los cimientos y después no puede acabar la casa, todos los que lo vean se burlarán de él
14,30 y dirán: Ahí tienen a un hombre que comenzó a construir y fue incapaz de concluir.
14,31 Cuando un rey parte a pelear. contra otro rey, ¿no comienza por sentarse a examinar si puede con diez mil hombres hacerle frente al otro que viene contra él con veinte mil?
14,32 Y si no puede, envía mensajeros, cuando el otro está lejos todavía, para llegar a un arreglo.
14,33 Del mismo modo, cualquiera de ustedes que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío.
14,34 La sal es una cosa buena, pero, si la misma sal pierde su sabor, ¿con qué se la salará?
14,35 No sirve para el campo, ni se puede mezclar con el abono: entonces la echarán fuera. El que tenga oídos para oír, ¡qué oiga!»

La oveja perdida
(Mt 18,12)

15,1 Todos, publicanos y pecadores, se acercaban a Jesús para escucharlo.
15,2 Los fariseos, pues, con los maestros de la Ley murmuraban y criticaban: «Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos.»
15,3 +Entonces Jesús les dijo esta parábola:
15,4 «Si uno de ustedes pierde una oveja de las cien que tiene, ¿no deja las otras noventa y nueve en el campo para ir en busca de la que se perdió, hasta encontrarla?
15,5 Y cuando la encuentra, muy feliz, la pone sobre los hombros
15,6 y, al llegar a su casa, reúne amigos y vecinos y les dice: Alégrense conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido.
15,7 Yo les declaro que de igual modo habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que vuelve a Dios que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de convertirse.
15,8 Cuando una mujer pierde una moneda de las diez que tiene, ¿no enciende una luz, no barre la casa y la busca cuidadosamente, hasta hallarla?
15,9 Y apenas la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas y les dice: Alégrense conmigo, porque hallé la moneda que se me había perdido.

15,10 Les declaro que de la misma manera hay gozo entre los ángeles de Dios por un solo pecador que cambie su corazón y su vida.»

El hijo pródigo

15,11 +Jesús puso otro ejemplo: «Un hombre tenía dos hijos.
15,12 El menor dijo a su padre: Padre, dame la parte de la propiedad que me corresponde. Y el padre la repartió entre ellos.
15,13 Pocos días después, el hijo menor reunió todo lo que tenía, partió a un lugar lejano y, allí, malgastó su dinero en una vida desordenada.
15,14 Cuando lo gastó todo, sobrevino en esa región una escasez grande y comenzó a pasar necesidad.
15,15 Entonces fue a buscar trabajo y se puso al servicio de un habitante de ese lugar que lo envió a sus campos a cuidar cerdos.
15,16 Hubiera deseado llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero nadie le daba nada.
15,17 Fue entonces cuando entró en sí: «¡Cuántos trabajadores de mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí me muero de hambre!
15,18 ¿Por qué no me levanto? Volveré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra Dios y contra ti;
15,19 ya no merezco llamarme hijo tuyo, trátame como a uno de tus siervos.
15,20 Partió, pues, de vuelta donde su padre.
Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y sintió compasión, corrió a echarse a su cuello y lo abrazó.
15,21 Entonces el hijo le habló: Padre, pequé contra Dios y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.
15,22 Pero el padre dijo a sus servidores: Rápido, tráiganle la mejor ropa y pónganselа, colóquenle un anillo en el dedo y zapatos en los pies.
15,23 Traigan el ternero más gordo y mátenlo, comamos y alegrémonos,
15,24 porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo he encontrado. Y se pusieron a celebrar la fiesta.
15,25 El hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver llegó cerca de la casa, oyó la música y el baile.
15,26 Llamando a uno de los sirvientes, le preguntó qué significaba todo eso.
15,27 Este le dijo: Tu hermano está de vuelta y tu padre mandó matar el ternero gordo, por haberlo recobrado con buena salud.
15,28 El hijo mayor se enojó y no quiso entrar.
Entonces el padre salió a rogarle.
15,29 Pero él le contestó: Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y a mí nunca me has dado un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos;
15,30 pero llega ese hijo tuyo, después de haber gastado tu dinero con prostitutas, y para él haces matar el ternero gordo.
15,31 El padre le respondió: Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo.
15,32 Pero había que hacer fiesta y alegrarse, puesto que tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado.»

El administrador astuto

16,1 +Jesús dijo también a sus discípulos: «Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y vinieron a acusarlo de que estaba malgastando sus bienes.
16,2 Lo mandó llamar y le dijo: «¿Qué es lo que me dicen de ti? Dame cuenta de tu administración, porque ya no podrás seguir en tu puesto.»
16,3 El mayordomo pensó entonces: «¿Qué voy a hacer ahora que mi patrón me quita el puesto? No tengo fuerzas para trabajar la tierra, y pedir limosnas me daría vergüenza.
16,4 Ya sé lo que voy a hacer para que, al dejar el puesto, tenga gente que me reciba en su casa.
16,5 Llamó uno por uno a los que debían a su patrón y dijo al primero:
16,6 «¿Cuánto le debes a mi patrón?» Le contestó: «Cien barriles de aceite.» Dijo el mayordomo: «Toma tu recibo, siéntate y escribe rápido: cincuenta.»
16,7 Después dijo a otro: «Y tú ¿cuánto debes?» Contestó: «Cuatrocientos quintales de trigo.» El mayordomo le dijo: «Toma tu recibo y escribe: trescientos.»
16,8 El patrón admiró la manera de obrar tan inteligente de su mayordomo ladrón: en verdad los de este mundo son más astutos que los hijos de la luz para tratar a sus semejantes.
16,9 Yo también les digo: Aprovechen el maldito dinero para hacerse amigos, para que, cuando se les acabe, los reciban a ustedes en las viviendas eternas.

16,10 El que se mostró digno de confianza en cosas sin importancia, será digno de confianza también en las importantes,
16,11 y el que no se mostró digno de confianza en cosas mínimas, tampoco será digno de confianza en lo importante. Por lo tanto, si ustedes han administrado mal el maldito dinero, ¿quién va a confiarles los bienes verdaderos?
16,12 Y si no se han mostrado dignos de confianza en cosas ajenas, ¿quién les entregará los bienes que son realmente nuestros?
16,13 [+]Ningún sirviente puede quedarse con dos patrones: verá con malos ojos al primero y querrá al otro, o se apegará al primero y despreciará al segundo. Ustedes no pueden servir al mismo tiempo a Dios y al dios Dinero.»
16,14 Los fariseos oían todo esto. Por ser hombres apegados al dinero, se burlaban de Jesús. Pero él les dijo:
16,15 «Ustedes se dan cara de hombres perfectos, pero Dios conoce los corazones, y lo que los hombres tienen por grande, Dios lo aborrece.
16,16 [+]La Ley y los profetas llegan hasta Juan; después se proclama el Reino de Dios y a todos les cuesta conquistarlo.
16,17 Más fácilmente pasarán el Cielo y la tierra antes que caiga al suelo una sola letra de la Ley.
16,18 Todo hombre que se divorcia de su esposa y se casa con otra comete adulterio. Y el que se casa con una mujer divorciada de su marido, comete adulterio.

Lázaro y el rico

16,19 [+]Había un hombre rico que se vestía con ropa finísima y que cada día comía regiamente.
16,20 Había también un pobre, llamado Lázaro, todo cubierto de llagas, que se tendía a la puerta del rico,
16,21 y que sentía ganas de llenarse con lo que caía de la mesa del rico, y hasta los perros venían a lamerle las llagas.
16,22 Pues bien, murió el pobre y fue llevado por los ángeles hasta el cielo cerca de Abraham. Murió también el rico y lo sepultaron.
16,23 Estando en el infierno, en medio de tormentos, el rico levanta los ojos y ve de lejos a Abraham y a Lázaro cerca de él.
16,24 Entonces grita: «Padre Abraham, ten piedad de mí, y manda a Lázaro que se moje la punta de un dedo para que me refresque la lengua, porque estas llamas me atormentan.»
16,25 Abraham respondió: «Hijo, acuérdate de que recibiste ya tus bienes durante la vida, lo mismo que Lázaro recibió males. Ahora él aquí encuentra consuelo y tú, en cambio, tormentos.
16,26 Sepas que por estos lados se ha establecido un abismo entre ustedes y nosotros, para que los que quieran pasar de aquí para allá no puedan hacerlo, y que no atraviesen tampoco de allá hacia nosotros.»
16,27 Contestó el rico: «Entonces te ruego, padre, que mandes a Lázaro a mis familiares,
16,28 donde están mis cinco hermanos, para que les advierta, y no vengan ellos también a este lugar de tormento.»
16,29 Y Abraham contestó: «Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen.»
16,30 «No, padre Abraham, dijo el rico. Si uno de entre los muertos los va a visitar, se arrepentirán.»
16,31 Pero Abraham le dijo: «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, aunque resucite uno de entre los muertos, no le creerán.»

17,1 Dijo Jesús a sus discípulos: «Es imposible que no haya escándalos y caídas. Pero pobre del que hace caer a los demás.
17,2 Sería mejor para él que lo echaran al mar con una piedra de molino colgada al cuello, antes que haga caer a uno solo de estos pequeños.
17,3 Fíjense bien: Si tu hermano te ofende, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo.
17,4 Si te ofende siete veces al día, y siete veces vuelve arrepentido, diciendo: No lo vuelvo a hacer más, perdónalo.»

(Mt 17,20, 21,21)

17,5 Los apóstoles dijeron al Señor: «Auméntanos la fe.»
17,6 El Señor respondió: «Si tienen fe como un granito de mostaza, le dirán a ese árbol que está ahí: Arráncate y plántate en el mar, y el árbol obedecerá.

17,7 Supongan que uno de ustedes tiene un servidor arando o cuidando el ganado. Cuando éste vuelve del campo, ¿le dicen ustedes: ven en seguida a sentarte a la mesa?
17,8 ¿No le dicen más bien: prepárame comida, y ponte el delantal para servirme, y después que yo haya comido y bebido, tú lo harás a tu vez?
17,9 Y después, ¿se sienten agradecidos de ese siervo porque hizo lo que le mandaron?
17,10 Esto vale para ustedes. Cuando hayan hecho todo lo que les ha sido mandado, digan: Somos servidores que no hacíamos falta; sólo hicimos lo que debíamos hacer.»

Los diez leprosos

17,11 +De camino a Jerusalén, Jesús pasó por los límites de Samaria y Galilea.
17,12 Al entrar a un pueblo, diez hombres leprosos le salieron al encuentro. Se quedaron a cierta distancia
17,13 y gritaron: «Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros.»
17,14 Jesús les dijo: «Vayan a presentarse a los sacerdotes.»
17,15 Mientras iban, quedaron sanos. Uno de ellos, al verse sano, volvió de inmediato. Llegó alabando a Dios en alta voz
17,16 y echándose a los pies de Jesús, con el rostro en tierra, le daba gracias. Este era samaritano.
17,17 Jesús entonces preguntó: «¿No sanaron los diez? ¿Dónde están los otros nueve?
17,18 ¿El único que ha vuelto a alabar a Dios ha sido este extranjero?»
17,19 En seguida dijo al hombre: «Levántate y vete: tu fe te ha salvado.»

De qué manera viene el Reino de Dios
(Mt 24,17)

17,20 +Los fariseos le preguntaron: «¿Cuándo llegará el Reino de Dios?» El les contestó: «La llegada del Reino de Dios no es cosa que se pueda verificar.
17,21 No se va a decir: Está aquí o está acá. Y sepan que el Reino de Dios está en medio de ustedes.»
17,22 Dijo además a los discípulos: «Llegará un tiempo en que ustedes desearán ver uno solo de los días del Hijo del Hombre, pero no lo verán.
17,23 Entonces les dirán: Está aquí, está allá. No vayan, no corran.
17,24 En efecto, como el relámpago brilla en un punto del cielo y resplandece hasta el otro, así sucederá con el Hijo del Hombre cuando llegue su día.
17,25 Pero antes, tiene que sufrir mucho y ser rechazado por este pueblo.
17,26 En los días del Hijo del Hombre sucederá lo mismo que sucedió en tiempos de Noé.
17,27 Comían, bebían y se casaban hombres y mujeres, hasta el día en que Noé entró en el arca y vino el diluvio que los hizo perecer a todos.
17,28 Pasó lo mismo en los tiempos de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban.
17,29 Pero salió Lot de Sodoma, y Dios hizo caer del cielo una lluvia de fuego y azufre que los mató a todos.
17,30 Lo mismo pasará el día en que aparezca el Hijo del Hombre.
17,31 En ese día, el que esté en la terraza y tenga sus cosas en la casa, que no baje a buscarlas, y el que esté en el campo, no vuelva atrás.
17,32 Acuérdense de la mujer de Lot.
17,33 El que trata de salvar su vida la perderá; en cambio, el que la sacrifica la hace renacer para la vida eterna.
17,34 Yo les declaro que, en esa noche, de dos personas que estén durmiendo en una misma cama, una será llevada, y la otra dejada;
17,35 dos mujeres estarán moliendo juntas: una será llevada y la otra dejada.»
17,36 Entonces preguntaron a Jesús: «¿Dónde sucederá eso, Señor?»
17,37 Y él respondió: «Donde esté el cuerpo, ahí se juntarán los buitres.»

Orar sin desanimarse

18,1 +Jesús les propuso este ejemplo sobre la necesidad de orar siempre, sin desanimarse jamás:
18,2 «En una ciudad había un juez que no temía a Dios ni le importaba nadie.
18,3 En esa misma ciudad había una viuda que vino donde él a decirle: Hágame justicia contra mi adversario.
18,4 El juez no le hizo caso durante un buen tiempo. Pero al final pensó: Aunque no temo a Dios y no me importa nadie,

18,5 esta viuda me molesta tanto que le voy a hacer justicia; así ya no volverá a romperme la cabeza.»
18,6 Y el Señor dijo: «¿Se han fijado en las palabras del juez malo?
18,7 Ahora bien, ¿Dios no les hará justicia a sus elegidos si claman a él día y noche, mientras él demora en escucharles?
18,8 Todo lo contrario; pues les aseguro que Dios hará justicia en favor de ellos, y lo hará pronto.
Pero, cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?

El fariseo y el publicano

18,9 +Puso además esta comparación por algunos que estaban convencidos de ser *justos* y que despreciaban a los demás:
18,10 «Dos hombres subieron al Templo a orar, uno era fariseo y el otro publicano.
18,11 El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: «Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, o como ese publicano que está allí.
18,12 Ayuno dos veces por semana, doy la décima parte de todo lo que tengo.»
18,13 El publicano, en cambio, se quedaba atrás y no se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: «Dios mío, ten piedad de mí que soy un pecador.»
18,14 Yo les digo que este último estaba en gracia de Dios cuando volvió a su casa, pero el fariseo no. Porque todo hombre que se hace grande será humillado, y el que se humille será hecho grande.»
18,15 Le traían hasta los pequeñitos para que los tocara; viendo esto los discípulos, empezaron a reprender a esta gente.
18,16 Entonces Jesús los llamó para decirles: «Dejen que los niños vengan a mí, no se lo impidan, porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos.
18,17 En verdad les digo que quien no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.»

El que no quiso seguir a Jesús
(Mc 10,17; Mt 19,16)

18,18 Cierto hombre importante le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?»
18,19 Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? Solamente uno es bueno y ése es Dios.
18,20 Conoces los mandamientos: *No cometas adulterio, no mates, no robes, no levantes testimonios falsos, honra a tu padre y a tu madre.»*
18,21 Pero él contestó: «Todo esto yo lo cumplo desde joven.»
18,22 Al oír esta declaración, Jesús le dijo: «Todavía te falta algo. Vende todo lo que tienes, reparte el dinero entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme.»
18,23 Cuando él oyó la respuesta, se puso muy triste, porque era harto rico.
18,24 Viéndolo, Jesús dijo: «¡Qué difícil es entrar al Reino de Dios, cuando uno tiene las riquezas!
18,25 Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar al Reino de Dios.»
18,26 Los oyentes dijeron: «Entonces, ¿quién podrá salvarse?»
18,27 Jesús respondió: «Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.»
18,28 Pedro dijo entonces: «¿Ves cómo nosotros dejamos lo que teníamos y te seguimos?»
18,29 Jesús respondió: «Yo les aseguro que ninguno dejará casa, esposa, hermanos, padre, o hijos, a causa del Reino de Dios,
18,30 sin que reciba mucho más en el mundo presente y, en el venidero, la vida eterna.»
18,31 Jesús tomó consigo a los Doce para decirles: «Ahora subimos a Jerusalén y va a cumplirse todo lo que escribieron los profetas sobre el Hijo del Hombre.
18,32 Pues será entregado a los extranjeros, que se burlarán de él, lo maltratarán, lo escupirán
18,33 y después de azotado lo matarán; pero al tercer día resucitará.»
18,34 Los Doce no entendieron nada de esto; era lenguaje misterioso para ellos y no comprendían lo que les decía.

El ciego de Jericó
(Mc 10,46; Mt 20,23)

18,35 Cuando estuvieron cerca de Jericó, había un ciego sentado al borde del camino y que pedía limosna.
18,36 Oyendo el paso de la gente, preguntó qué era aquello.
18,37 Le dijeron: «Es Jesús el Nazareno que pasa por ahí.»
18,38 Y se puso a gritar: «¡Jesús, hijo de David, ten piedad de mí!»

18,39 Los que iban delante lo reprendieron para que se callara, pero él gritaba con más fuerza:«¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!»
18,40 Entonces Jesús se detuvo y ordenó que se lo trajeran. Cuando el ciego estuvo cerca, Jesús le preguntó:
18,41 «¿Qué quieres que haga por ti?» El respondió: «Señor, haz que vea.»
18,42 Jesús le dijo: «Recobra la vista, tu fe te ha salvado.»
18,43 Y en el mismo instante, el ciego pudo ver y empezó a seguir a Jesús, alabando a Dios. Y todos los que estaban ahí alabaron también a Dios.

Jesús y Zaqueo

19,1 [+]Llegando a Jericó, pasaba Jesús por la ciudad.
19,2 Allí había un hombre llamado Zaqueo. Era jefe de los cobradores de impuestos y muy rico.
19,3 Quería ver cómo era Jesús, pero no lo alcanzaba en medio de tanta gente, por ser de baja estatura.
19,4 Entonces corrió adelante y se subió a un árbol para verlo cuando pasara por ahí.
19,5 Cuando llegó a ese lugar, Jesús levantó los ojos y le dijo: «Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que quedarme en tu casa.»
19,6 Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría.
19,7 Todos entonces se pusieron a criticar y a decir: «Se fue a alojar en casa de un pecador.»
19,8 Pero Zaqueo dijo resueltamente al Señor: «Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y a quien he exigido algo injustamente le devolveré cuatro veces más.»
19,9 Jesús, pues, dijo a su respecto: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa; en verdad, éste también es hijo de Abraham.
19,10 El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido.»

Las diez monedas
(Mt 25,14)

19,11 [+]Los que caminaban con Jesús y lo escuchaban estaban ya cerca de Jerusalén, y se imaginaban que el Reino de Dios se iba a manifestar de un momento a otro. Jesús, pues, les puso este ejemplo:
19,12 «Un hombre de gran familia se dirigió a un país lejano para ser nombrado rey y volver en seguida.
19,13 Llamó a diez empleados suyos, les entregó a cada uno una moneda de oro y les dijo: Trabajen este dinero hasta que yo vuelva.
19,14 Pero sus compatriotas lo odiaban y mandaron detrás de él una comisión encargada de decir: Nosotros no lo queremos por rey.
19,15 Cuando volvió, había sido nombrado rey. Entonces hizo llamar a los empleados a los que había entregado dinero, para averiguar cuánto había ganado cada uno.
19,16 Se presentó el primero y dijo: «Señor, tu moneda produjo otras diez.»
19,17 El contestó: «Está bien, servidor bueno, ya que fuiste fiel en lo poco, recibe el gobierno de diez ciudades.»
19,18 Vino el segundo y dijo: «Señor, tu moneda produjo otras cinco.»
19,19 El rey contestó igualmente a éste: «También tú gobierna cinco ciudades.»
19,20 Vino el tercero y dijo: «Señor, aquí tienes tu moneda. La guardé envuelta en un pañuelo,
19,21 porque tuve miedo de ti. Eres un hombre exigente, reclamas lo que no has depositado y cosechas lo que no has sembrado.»
19,22 Contestó el rey: «Servidor malo, te juzgo por tus propias palabras. Sabías que soy hombre exigente, que reclamo lo que no he depositado y que cosecho lo que no he sembrado;
19,23 entonces, ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco? A mi regreso, yo lo habría cobrado con intereses.»
19,24 Y dijo el rey a los que estaban presentes: «Quítenle la moneda y dénsela al que tiene diez.»
19,25 «Pero, señor, le contestaron, ya tiene diez monedas.»
19,26 Yo les declaro que, a todo el que produce, se le dará, pero al que no produce, se le quitará aun lo que tiene.
19,27 En cuanto a mis enemigos, que no me quisieron por rey, tráiganlos para acá y mátenlos en mi presencia.»

Jesús entra en Jerusalén
(Mc 11,1; Mt 21,1; Jn 12,12; Mt 24,2)

19,28 Dicho esto, Jesús siguió su camino. Todos subían a Jerusalén y Jesús iba delante.

19,29 Cuando llegaron a Betfagé y Betania, cerca del cerro llamado de los Olivos, Jesús dijo a dos de sus discípulos:
19,30 «Vayan al pueblo que está enfrente. Al entrar encontrarán amarrado un burrito que nadie ha montado hasta ahora. Desátenlo y tráiganlo.
19,31 Si alguien les pregunta: ¿Por qué lo desatan?, contesten: El Señor lo necesita.»
19,32 Fueron los enviados y hallaron todo como Jesús les había dicho.
19,33 Mientras soltaban el burrito, llegaron los dueños y les dijeron: «¿Por qué desatan ese burrito?»
19,34 Contestaron: «El Señor lo necesita.»
19,35 Llevaron, pues, el burrito a Jesús y le echaron sus capas encima para que Jesús se montara.
19,36 A medida que avanzaba, la gente extendía sus mantos sobre el camino.
19,37 Al acercarse a la bajada del cerro de los Olivos, la multitud de sus seguidores, llenos de alegría, se pusieron a alabar a Dios a voz en cuello, por todos los milagros que habían visto.
19,38 Y decían: «¡Bendito el que viene, el Rey en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo! ¡Gloria en lo más alto de los cielos!»
19,39 Algunos fariseos que se encontraban entre la gente dijeron a Jesús: «Maestro, reprende a tus seguidores.»
19,40 Pero él contestó: «Yo les digo que si ellos se callan, las piedras gritarán.»
19,41 Cuando estuvo cerca, al ver la ciudad, lloró por ella,
19,42 y dijo: «Ojalá en este día tú también entendieras los caminos de la paz. Pero no estás ahora en condiciones para verlo.
19,43 Vendrán días para ti, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, te atacarán, te estrecharán por todos lados.
19,44 Te aplastarán contra el suelo, a ti y a tus hijos, que viven dentro de tus muros, y no dejaran en ti piedra sobre piedra, porque no has reconocido el tiempo ni la visita de tu Dios.»
19,45 Entró después Jesús al Templo y comenzó a expulsar a los que ahí hacían negocios.
19,46 Les declaró: «Dios dice en la Escritura: *Mi casa será casa de oración*. Pero ustedes la han convertido en refugio de ladrones.»
19,47 Todos los días estaba en el Templo enseñando. Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley buscaban cómo acabar con él, lo mismo que las autoridades de los judíos.
19,48 Pero no sabían cómo hacerlo, porque el pueblo entero lo escuchaba, pendiente de sus palabras.

20,1 Uno de esos días, Jesús estaba en el Templo enseñando al pueblo y les anunciaba la Buena Nueva. En eso llegaron los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley con algunos jefes de los judíos, y le hablaron en estos términos:
20,2 «Dinos con qué derecho haces estas cosas. ¿Quién te ha dado la autorización?»
20,3 El les contestó: «Yo también les voy a hacer una pregunta. Díganme:
20,4 Cuando Juan bautizaba, ¿lo hacía mandado por Dios, o era cosa de hombres?»
20,5 Ellos, pues, reflexionaron: «Si contestamos que el bautismo de Juan era cosa de Dios, él nos dirá: ¿Y por qué no creyeron en él?
20,6 Y si respondemos que era cosa de hombres, todo el pueblo nos apedreará, pues está convencido de que Juan era un profeta»
20,7 Por eso le contestaron que no sabían.
20,8 Y Jesús les dijo: «Yo tampoco les diré con qué derecho hago estas cosas.»

Los trabajadores asesinos
(Mc 12,1; Mt 21,33)

20,9 Luego comenzó a contar al pueblo este ejemplo:
«Un hombre plantó una viña, después la arrendó a unos trabajadores y partió al extranjero por largo rato.
20,10 A su debido tiempo envió un servidor donde los trabajadores, para que le entregaran la parte de la cosecha que le correspondía; pero los trabajadores, después de golpearlo, lo echaron con las manos vacías.
20,11 Mandó después a otro servidor; pero también a éste le pegaron, lo insultaron y lo echaron con las manos vacías;
20,12 envió aún a un tercero, al que también lo hirieron y lo echaron fuera.
20,13 El dueño de la viña se dijo entonces: ¿Qué hacer? Voy a enviar a mi hijo muy querido; a lo mejor lo respetarán.

20,14 Pero, al verlo los trabajadores, se dijeron unos a otros: Este es el heredero, matémoslo y nos quedaremos con la herencia.
20,15 Lo arrojaron, pues, fuera de la viña y lo mataron.
Ahora bien, ¿qué les hará el dueño de la viña?
20,16 Vendrá, hará morir a esos trabajadores y entregará la viña a otros.»
En este momento los oyentes dijeron:
«Ni Dios lo quiera.»
20,17 Jesús, fijando su mirada en ellos, les dijo: «¿Qué significan estas palabras de la Escritura?:
La piedra que rechazaron los constructores, ésta es ahora la piedra principal.
20,18 *Quien caiga en esta piedra se quebrará, y será aplastado aquel al que le caiga encima.»*
20,19 Los maestros de la Ley y los jefes de los sacerdotes hubieran querido detenerlo en ese momento, pero temieron al pueblo. Pues comprendieron que Jesús había contado ese ejemplo para ellos.

El impuesto para el César
(Mc 12,13; Mt 22,15)

20,20 Entonces se pusieron a acechar a Jesús y le mandaron espías, que fingieron buena fe para aprovecharse de sus palabras, y así entregarlo a la policía y a la justicia del gobernador.
20,21 Estos hombres hicieron esta pregunta: «Maestro, nosotros sabemos que hablas y enseñas con entera rectitud. No te fijas en la condición de las personas, sino que enseñas con absoluta, franqueza el camino de Dios.
20,22 ¿Está permitido pagar impuestos al César, o no?»
20,23 Jesús vio su astucia y les dijo: «Muéstrenme una moneda.
20,24 ¿De quién es la cara y el nombre que tiene escrito?» Le contestaron: «Del César.»
20,25 Entonces él les dijo: «Pues bien, den al César lo que es del César, y a Dios lo que corresponde a Dios.»
20,26 Así, pues, no pudieron aprovechar nada de lo que decía delante del pueblo para acusarlo, sino que, al contrario, se sorprendieron mucho por su respuesta y se callaron.

Los muertos resucitan
(Mc 12,18)

20,27 [+]Se acercaron a Jesús algunos saduceos. Estos son hombres que no creen en la resurrección de los muertos; y le preguntaron:
20,28 «Maestro, Moisés nos enseñó lo siguiente: Si uno tiene un hermano casado que muere sin dejar familia, debe casarse con la viuda para darle un hijo que será el heredero del difunto.
20,29 Había, pues, siete hermanos. Se casó el primero, y murió sin dejar familia.
20,30 El segundo y después el tercero se casaron con la viuda.
20,31 Y los siete murieron igualmente, sin dejar familia.
20,32 Finalmente, murió también la mujer.
20,33 Esta mujer, si hay resurrección de los muertos, ¿de cuál de ellos va a ser esposa, puesto que los siete la tuvieron por esposa?»
20,34 Jesús les respondió: «En este mundo los hombres y las mujeres se casan.
20,35 Pero los que sean juzgados dignos de entrar al otro mundo y de resucitar de entre los muertos, ya no se casarán.
20,36 Sepan, además, que no pueden morir, porque son semejantes a los ángeles. Y son hijos de Dios, pues él los ha resucitado.
20,37 En cuanto a saber si resucitan los muertos, ya Moisés lo dio a entender en el pasaje de la Zarza, en el que llama al Señor *Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob.*
20,38 Ahora bien, Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; para él todos viven.»
20,39 Algunos maestros de la Ley le dijeron: «Maestro, has hablado bien.»
20,40 Y no se atrevieron a hacerle más preguntas.
20,41 Entonces él les dijo: «¿Cómo se puede decir que el Cristo será hijo de David?
20,42 En efecto, el mismo David dice en el Libro de los Salmos: *El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha*
20,43 *hasta que ponga a tus enemigos como tarima de tus pies*.
20,44 David lo llama Señor, ¿cómo entonces puede ser hijo suyo?»
20,45 [+]Todo el pueblo lo escuchaba cuando dijo a sus discípulos:
20,46 «Desconfíen de los maestros de la Ley que gustan de pasearse con largas vestiduras y ser saludados en las plazas, ocupar los primeros puestos en las sinagogas y los primeros lugares en los banquetes.

20,47 Son gente que devoran los bienes de las viudas, mientras se amparan tras largas oraciones. Habrá para ellos un juicio sin compasión.»

La ofrenda de la viuda
(Mc 12,41)

21,1 Jesús estaba observando y vio cómo los ricos depositaban sus ofrendas para el Templo.
21,2 Vio también a una viuda pobrísima que echaba dos moneditas.
21,3 Y dijo Jesús: «Créanme que esta pobre viuda depositó más que todos ellos.
21,4 Porque todos dan a Dios de lo que les sobra. Ella, en cambio, tan indigente, echó todo lo que tenía para vivir.»

Jesús predice la destrucción de Jerusalén
(Mc 13,1; Mt 24,1)

21,5 +Algunos hacían notar a Jesús las hermosas piedras y los ricos adornos que habían sido regalados al Templo.
21,6 Jesús dijo: «Llegará el tiempo en que de todo lo que ustedes admiran aquí no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido.»
21,7 Le preguntaron entonces: «Maestro, dinos cuándo sucederá eso. ¿Cuál será la señal de que va a suceder?»
21,8 Jesús contestó: «Tengan cuidado y no se dejen engañar, porque muchos vendrán en mi lugar, diciendo: Yo soy el Salvador, ésta es la hora de Dios. No los sigan.
21,9 Cuando oigan hablar de guerras y disturbios, no se asusten, porque primero tiene que pasar eso, pero el fin no vendrá en seguida.»
21,10 10 Después les dijo: «Se levantará una nación contra otra, y una raza contra otra.
21,11 Habrá grandes terremotos, pestes y hambre en una y otra parte. Se verán también cosas espantosas, y señales terribles en el cielo.
21,12 Pero, antes de eso, a ustedes los tomarán presos, y los perseguirán; los entregarán a los tribunales judíos y los llevarán a las cárceles; los harán comparecer ante los reyes y gobernadores porque llevan mi Nombre.
21,13 Esta será para ustedes la oportunidad de dar testimonio de mí.
21,14 No se olviden entonces de lo que ahora les advierto, de no preparar su defensa.
21,15 Porque yo mismo les daré palabras tan sabias que ninguno de sus opositores las podrá resistir o contradecir.
21,16 Ustedes serán denunciados por sus padres, hermanos, parientes y amigos,
21,17 y algunos de ustedes serán ajusticiados.
21,18 Serán odiados de todos a causa de mi Nombre, pero no se perderá ni uno de sus cabellos.
21,19 Manténganse firmes y se salvarán.
21,20 Cuando vean a Jerusalén rodeada por ejércitos, sepan que le ha llegado la hora fatal.
21,21 Si ustedes están en Judea, huyan a los cerros. Si están dentro de la ciudad, salgan y aléjense. Si están en los campos, no vuelvan a la ciudad.
21,22 Porque ésos serán los días de su castigo, en que se cumplirán todas las cosas que le fueron anunciadas en la Escritura.
21,23 ¡Pobres de las que estén embarazadas o estén criando en esos días! Porque una gran calamidad sobrevendrá al país y estallará sobre este pueblo la cólera de Dios.
21,24 Morirán al filo de la espada, serán llevados prisioneros a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por las naciones hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.

Venida del Hijo del Hombre
(Mt 24,29; Mc 13,24)

21,25 Entonces habrá señales en el sol, la luna y las estrellas, y por toda la tierra se angustiarán los pueblos, asustados por el ruido del mar y de las olas.
21,26 Los hombres morirán de espanto, con sólo pensar en lo que le espera al mundo, porque las fuerzas del universo serán conmovidas.
21,27 Y en ese preciso momento verán al Hijo del Hombre viniendo en medio de la Nube: y su venida será con poder e infinita gloria.

Las señales de los tiempos

21,28 Cuando se presenten los primeros signos, enderécense y levanten sus cabezas, pues habrá llegado el día de su liberación.»
21,29 Jesús les propuso esta comparación: «Fíjense en la higuera y en los demás árboles.
21,30 Cuando ustedes ven los primeros brotes, saben que está cerca el verano.
21,31 Así también, cuando vean las señales que les dije, piensen que está cerca el Reino de Dios.
21,32 En verdad les digo que no pasará esta generación sin que sucedan estas cosas.
21,33 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.
21,34 +Estén alerta, no sea que se endurezcan sus corazones en los vicios, borracheras y preocupaciones de la vida, y, de repente, los sorprenda este día.
21,35 Pues caerá sobre todos los habitantes de toda la tierra como la trampa que se cierra.
21,36 Por eso estén vigilando y orando en todo tiempo para que se les conceda escapar de todo lo que debe suceder, y puedan estar de pie delante del Hijo del Hombre.»
21,37 Durante el día, Jesús enseñaba en el Templo, pero se iba a pasar la noche en el cerro de los Olivos.
21,38 Y desde muy temprano, todo el pueblo iba al Templo para escucharlo.

La traición de Judas
(Mc 14,1; Mt 26,1)

22,1 Se acercaba la fiesta de los Panes sin Levadura, llamada también fiesta de Pascua.
22,2 Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley no sabían de qué manera hacer desaparecer a Jesús, porque temían al pueblo.
22,3 Pero Satanás entró en Judas, por sobrenombre Iscariote, que era uno de los Doce,
22,4 y fue a tratar con los jefes de los sacerdotes y con los jefes de la policía del Templo sobre cómo se lo entregaría.
22,5 Se alegraron y acordaron darle dinero.
22,6 Judas aceptó el trato y desde entonces buscaba una ocasión favorable para entregarlo a escondidas del pueblo.
22,7 +Llegó el día de los Panes sin Levadura, en que se debía sacrificar la Pascua.
22,8 Entonces Jesús envió a Pedro y a Juan, diciéndoles: «Vayan a preparar lo necesario para que celebremos la Cena de Pascua.»
22,9 Ellos le preguntaron: «¿Dónde quieres que la preparemos?»
22,10 Jesús contestó: «Cuando entren en la ciudad, encontrarán a un hombre que lleva un jarro de agua.
22,11 Síganlo hasta la casa donde entre y digan al dueño de la casa: El Maestro manda decirte: ¿Cuál es la pieza en la que comeré la pascua con mis discípulos?
22,12 El les va a mostrar una pieza grande y amueblada en el segundo piso. Preparen ahí lo necesario.»
22,13 Se fueron, pues, y hallaron todo tal como les había dicho; y prepararon la Pascua.

La ultima Cena de Jesús
(Mc 14,12; Mt 26,17)

22,14 +Llegada la hora, Jesús se sentó a la mesa con sus apóstoles.
22,15 Les dijo: «En verdad, he deseado muchísimo comer esta Pascua con ustedes antes de padecer;
22,16 porque, les aseguro, ya no la volveré a celebrar hasta que sea la nueva y perfecta Pascua en el Reino de Dios.»
22,17 Jesús recibió una copa, dio gracias y les dijo: «Tómenla y repártanla entre ustedes,
22,18 porque les aseguro que ya no volveré a beber del jugo de la uva, hasta que llegue el Reino de Dios.»
22,19 Después, tomó el pan y, dando gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: «Esto es mi cuerpo, el que es entregado por ustedes. Hagan esto en memoria mía.»
22,20 Después de la Cena, hizo lo mismo con la copa. Dijo: «Esta copa es la Alianza Nueva sellada con mi sangre, que va a ser derramada por ustedes.
22,21 Sin embargo, sepan que la mano del que me traiciona está sobre la mesa al lado mío.
22,22 El Hijo del Hombre se va por el camino trazado desde antes, pero ¡pobre de aquel hombre que lo entrega!»
22,23 Entonces empezaron a preguntarse unos a otros quién de ellos iba a hacer tal cosa.

(Mc 10,42; Jn 13,1)

22,24 +Pero luego comenzaron a discutir cuál de ellos debía ocupar el primer lugar.

22,25 Jesús les dijo: «Los reyes de las naciones se portan como dueños de ellas y, en el momento en que las oprimen, se hacen llamar bienhechores.
22,26 Ustedes no deben ser así. Al contrario, el más importante entre ustedes se portará como si fuera el último, y el que manda como el que sirve.
22,27 Pues ¿quién es más importante, el que está sentado a la mesa o el que sirve? El que está sentado, ¿no es cierto? Sin embargo, estoy entre ustedes como el que sirve.
22,28 Ustedes han permanecido conmigo compartiendo mis pruebas.
22,29 Por eso les doy autoridad como el Padre me la dio a mí, haciéndome rey.
22,30 Ustedes comerán y beberán en mi mesa, en mi Reino, y se sentarán en tronos, para juzgar a las Doce tribus de Israel.
22,31 Simón, mira que Satanás ha pedido permiso para sacudirlos a ustedes como se hace con el trigo;
22,32 pero yo he rogado por ti para que tu fe no se venga abajo. Tú, entonces, cuando hayas vuelto, tendrás que fortalecer a tus hermanos.»
22,33 Pedro dijo: «Señor, estoy listo para acompañarte a la prisión y a la muerte.»
22,34 Pero Jesús le respondió: «Pedro, te digo que hoy mismo, antes del canto del gallo, tres veces negarás haberme conocido.»
22,35 Después les dijo: «Cuando los mandé sin bolsa, ni cartera, ni calzado, ¿les faltó algo?» Ellos contestaron: «Nada.»
22,36 Y Jesús agregó: «Pero ahora, si alguien tiene una cartera, que la lleve, y lo mismo el que tiene una bolsa. Y si alguien no tiene espada, mejor que venda su capa para comprarse una.
22,37 Pues, se lo digo, tiene que cumplirse en mi persona lo que dice la Escritura: *Lo tratarán como a un delincuente*. Todo lo que se refiere a mí llega a su fin.»
22,38 Ellos le dijeron: «Mira, Señor, aquí hay dos espadas.» El les respondió: «¡Basta ya!»

Jesús en el huerto de Getsemaní
(Mc 14,32)

22,39 [+]Entonces Jesús salió y se fue, como era su costumbre, al cerro de los Olivos; y lo siguieron también sus discípulos.
22,40 Cuando llegaron al lugar, les dijo: «Oren, para que no caigan en la tentación.»
22,41 Después se alejó de ellos como a la distancia a la que uno tira una piedra y, doblando las rodillas, oraba
22,42 diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí esta prueba, que no se haga mi voluntad sino la tuya.»
22,43 Entonces se le apareció un ángel del cielo que venía a animarlo.
22,44 Entró en agonía y oraba con más insistencia, y su sudor se convirtió en grandes gotas de sangre que caían hasta el suelo.
22,45 Después de orar, se levantó y fue hacia donde estaban los discípulos y los halló dormidos, vencidos por la tristeza.
22,46 Les dijo: «¿Cómo pueden dormir? Levántense y oren para que no caigan en la tentación.»
22,47 Estaba todavía hablando, cuando llegó un grupo encabezado por Judas, uno de los Doce. Se acercó a Jesús para darle un beso,
22,48 y Jesús le dijo: «Judas, con un beso traicionas al Hijo del Hombre.»
22,49 Los discípulos comprendieron lo que iba a pasar y preguntaron a Jesús: «Señor, ¿sacamos la espada?»
22,50 Y uno de ellos hirió al servidor del Sumo Sacerdote y le cortó la oreja derecha.
22,51 Pero Jesús le dijo: «Basta.» Y tocándole la oreja al hombre lo sanó.
22,52 Después: Jesús habló a los que habían venido a tomarlo preso, jefes de los sacerdotes, de la policía del Templo y de los judíos; les dijo: «¿Soy un bandido para que hayan salido armados de espadas y palos?
22,53 Yo estaba día a día con ustedes en el Templo, y no me detuvieron. Pero ahora que dominan las tinieblas, les toca su turno.»

Jesús procesado ante las autoridades judías
(Mc 14,53; Mt 26,57)

22,54 [+]Entonces lo tomaron preso y lo llevaron a la casa del Sumo Sacerdote, donde entraron. Pedro lo seguía de lejos.
22,55 Como los servidores habían encendido fuego en medio del patio y estaban sentados alrededor, Pedro vino a sentarse con ellos.

22,56 Una muchacha de la casa lo vio sentado junto al fuego y, mirándolo fijamente, dijo: «Este también estaba con él.»
22,57 Pero Pedro lo negó, diciendo: «Mujer, no lo conozco.»
22,58 Poco después, otro exclamó al verlo: «Tú también eres uno de ellos.» Pero Pedro respondió: «No, hombre, no lo soy.»
22,59 Como una hora más tarde, otro afirmaba con insistencia; «Seguramente éste también estaba con él, y además es galileo.»
22,60 Pedro dijo entonces: «Amigo, no entiendo lo que dices.»
Y en el mismo momento en que Pedro hablaba, un gallo cantó.
22,61 El Señor se volvió y fijó la mirada en Pedro, Entonces Pedro se acordó de que el Señor le había dicho: «Hoy, antes que cante el gallo; tú me negarás tres veces.»
22,62 Y, saliendo afuera, lloró amargamente.
22,63 Los hombres que tenían preso a Jesús comenzaron a burlarse de él y a darle golpes.
22,64 Le vendaron los ojos y después le preguntaban: «Adivina quién te pegó.»
22,65 Y lanzaban en su contra muchos otros insultos.
22,66 Cuando amaneció, se reunieron los jefes de los judíos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley. Y mandaron traer a Jesús ante su tribunal.
22,67 Le dijeron: «Dinos si tú eres el Cristo.»
Jesús respondió: «Si se lo digo, ustedes no me creerán,
22,68 y si les pregunto algo, no me van a contestar.
22,69 Pero en adelante el Hijo del Hombre estará sentado a la derecha del Dios Poderoso.»
22,70 Le preguntaron todos: «Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?» Les declaró: «Dicen bien, lo soy.»
22,71 Ellos dijeron: «¿Para qué buscar otro testimonió? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca.»

Jesús es procesado ante el gobernador romano
(Mt 27,1; Mc 15,1; Jn 18,28)

23,1 [+]Después se levantó toda la asamblea y lo llevaron ante Pilato.
23,2 Ahí empezaron a acusarlo diciendo: «Hemos comprobado que este hombre es un agitador. No quiere que se paguen los impuestos al César y se hace pasar por el rey enviado por Dios.»
23,3 Pilato, pues, lo interrogó en estos términos: «¿Eres tú el rey de los judíos?» Jesús le contestó: «Tú eres el que lo dice.»
23,4 Pilato dijo a los jefes de los sacerdotes y a la multitud: «Yo no veo delito alguno en este hombre.»
23,5 Pero ellos insistieron: «Está alborotando al pueblo y difunde su doctrina por todo el país de los judíos.
23,6 Comenzó por Galilea y ha llegado hasta aquí.»
23,7 Pilato preguntó entonces si el hombre era galileo. Cuando supo que Jesús era de la provincia encargada al rey Herodes, se lo mandó, ya que Herodes se encontraba también en Jerusalén en esos días.
23,8 Al ver a Jesús, Herodes se alegró mucho, pues hacía bastante tiempo que deseaba verlo por lo que oía hablar de él; y también esperaba que Jesús hiciera algún milagro en su presencia.
23,9 Por eso le hizo muchas preguntas, pero Jesús no le contestó nada.
23,10 Mientras tanto, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley estaban presentes y no se cansaban de acusarlo.
23,11 Herodes con sus guardias lo trató con desprecio. Le puso por burla un manto blanco y lo envió de vuelta a Pilato.
23,12 Y ese mismo día, Herodes y Pilato, de enemigos que eran, se quedaron amigos.
23,13 Pilato reunió a los jefes de los sacerdotes, a los jefes de los judíos y al pueblo.
23,14 Les dijo: «Ustedes me presentaron a este hombre acusándolo de agitador. Lo interrogué personalmente delante de ustedes, pero no lo hallé culpable de ninguno de los crímenes de que lo acusan.
23,15 Ahora tampoco Herodes lo juzgó culpable, puesto que me lo mandó de vuelta. Como ustedes ven, en todo lo que hizo no hay ningún crimen que merezca la muerte.
23,16 Así es que, después de castigarlo, lo dejaré libre.»
23,17 [+]Y tenía necesidad de soltarles uno en cada fiesta.
23,18 Pero ellos se pusieron a gritar todos juntos: «Mátalo a él y deja libre a Barrabás.»
23,19 [+]Este Barrabás había sido encarcelado por asesinato en un disturbio sucedido en Jerusalén.
23,20 Pilato, que quería dejar libre a Jesús, les dirigió de nuevo la palabra.
23,21 Pero ellos le gritaban: «Crucifícalo, crucifícalo.»

23,22 Por tercera vez les dijo: «Pero, ¿qué mal ha hecho este hombre? No encontré nada en su asunto que
mereciera la muerte. Por eso no haré más que castigarlo y lo soltaré.»
23,23 Pero ellos insistían con grandes gritos, pidiendo que fuera crucificado, y el clamor iba en aumento.
23,24 Entonces Pilato pronunció la sentencia que ellos reclamaban.
23,25 Luego soltó al que estaba preso por agitador y asesino, según ellos mismos exigían, y dejó que
trataran a Jesús como quisieran.

Camino de la cruz
(Mt 27,32; Mc 15,16)

23,26 Cuando lo llevaban, tomaron a un tal Simón de Cirene que volvía del campo, y le cargaron la cruz de
Jesús para que la llevara detrás de él.
23,27 Lo seguía muchísima gente, especialmente mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por
él.
23,28 [+]Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloren por mí. Lloren más bien por
ustedes mismas y por sus hijos.
23,29 Porque está por llegar el día en que se dirá: Felices las madres sin hijos, felices las mujeres que no
dieron a luz ni amamantaron.
23,30 Entonces se dirá: *¡Ojalá los cerros caigan sobre nosotros! ¡Ojalá que las lomas nos ocultaran!*
23,31 Porque si así tratan al árbol verde, ¿qué harán con el seco?»
23,32 Junto con Jesús llevaban también a dos malhechores para ejecutarlos.
23,33 Cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, lo crucificaron a él y a los malhechores, uno a su
derecha y el otro a su izquierda.
23,34 (Mientras tanto Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.») Después se
repartieron sus ropas, sorteándoselas.
23,35 La gente estaba ahí mirando: los jefes, por su parte, se burlaban diciendo: «Ya que salvó a otros, que
se salve a sí mismo, para ver si es el Cristo de Dios, el Elegido.»
23,36 Los soldados también se burlaban de él. Cuando le ofrecieron de su vino agridulce para que lo
tomara
23,37 le dijeron: «Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.»
23,38 Porque había en lo alto de la cruz un letrero que decía: «Este es el rey de los judíos.»
23,39 [+]Uno de los malhechores crucificado, insultándolo, le dijo: «¿Así que tú eres el Cristo? Sálvate,
pues, y también a nosotros.»
23,40 Pero el otro lo reprendió, diciéndole: «¿No temes a Dios; tú que estás en el mismo suplicio?
23,41 Nosotros lo tenemos merecido, y pagamos nuestros crímenes.
23,42 Pero él no ha hecho nada malo.» Y añadió: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino.»
23,43 Respondió Jesús: «En verdad, te digo que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.»
23,44 Como al mediodía, se ocultó el sol y todo el país quedó en tinieblas hasta las tres de la tarde.
23,45 En ese momento la cortina del Templo se rasgó por la mitad,
23,46 y Jesús gritó muy fuerte: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»,* y, al decir estas palabras,
expiró.
23,47 El capitán, al ver lo que había pasado, reconoció la obra de Dios, diciendo: «Realmente este hombre
era un justo.»
23,48 Y toda la gente que se había reunido para este espectáculo, al ver lo sucedido, comenzó a irse
golpeándose el pecho.
23,49 Estaban a lo lejos todos los conocidos de Jesús y también las mujeres que lo habían acompañado
desde Galilea; todo esto lo presenciaron ellos.
23,50 Intervino entonces un hombre del Consejo Supremo de los judíos que se llamaba José. Era un
hombre bueno y justo
23,51 que no había estado de acuerdo con los planes ni actos de los otros. Este hombre, de Arimatea,
pueblo de Judea, esperaba el Reino de Dios.
23,52 Fue a presentarse a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús.
23,53 Habiéndolo bajado de la cruz, lo envolvió en una sábana y lo depositó en un sepulcro cavado en la
roca, donde nadie había sido enterrado aún.
23,54 Era el día de la Preparación de la Pascua y ya estaba por comenzar el día sábado.
23,55 Entonces las mujeres que habían venido de Galilea con Jesús siguieron a José para conocer el
sepulcro y ver cómo ponían su cuerpo.
23,56 Después volvieron a sus casas a preparar pomadas y perfumes, y el sábado cumplieron con el reposo
ordenado por la Ley.

El Señor ha resucitado
(Mc 16,8; Mt 28,1)

24,1 [+]El primer día de la semana, muy temprano, fueron al sepulcro con los perfumes que habían preparado.
24,2 Pero se encontraron con que la piedra que cerraba el sepulcro había sido removida y,
24,3 al entrar, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús.
24,4 No sabían qué pensar, pero, en ese momento, vieron a su lado dos hombres con ropas fulgurantes.
24,5 Se asustaron mucho, y no se atrevían a levantar los ojos del suelo. Ellos les dijeron: «¿Por qué buscan entre los muertos al que vive?
24,6 No está aquí. Resucitó. Acuérdense de lo que les dijo cuando todavía estaba en Galilea:
24,7 El Hijo del Hombre debe ser entregado en manos de los pecadores y ser crucificado y resucitado al tercer día.»
24,8 Ellas entonces recordaron les palabras de Jesús.
24,9 A la vuelta del sepulcro, les contaron a los Once y a todos los demás lo que les había pasado.
24,10 Eran María de Magdala, Juana y María, madre de Santiago. También las demás mujeres que estaban con ellas decían lo mismo a los apóstoles.
24,11 Pero los relatos de la mujeres les parecieron puros cuentos y no les hicieron caso.
24,12 Sin embargo, Pedro partió corriendo al sepulcro. Al agacharse no vio sino los lienzos. Y volvió a casa muy sorprendido por lo ocurrido.

Los discípulos de Emaús
(Mc 16,12)

24,13 [+]Ese mismo día, dos discípulos iban de camino a un pueblecito llamado Emaús, a unos treinta kilómetros de Jerusalén,
24,14 conversando de lo que había pasado.
24,15 Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se les acercó y se puso a caminar a su lado,
24,16 pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran.
24,17 Jesús les dijo: «¿Qué es lo que van conversando juntos por el camino?» Ellos se detuvieron, con la cara triste.
24,18 Uno de ellos, llamado Cleofás, le contestó: «¿Cómo, así que tú eres el único peregrino en Jerusalén que no sabe lo que pasó en estos días?»
24,19 «¿Qué pasó?», preguntó Jesús. Le contestaron: «Todo ese asunto de Jesús Nazareno. Este hombre se manifestó como un profeta poderoso en obras y en palabras, aceptado tanto por Dios como por el pueblo entero.
24,20 Hace unos días, los jefes de los sacerdotes y los jefes de nuestra nación lo hicieron condenar a muerte y clavar en la cruz.
24,21 Nosotros esperábamos, creyendo que él era el que ha de libertar a Israel; pero a todo esto van-dos días que sucedieron estas cosas.
24,22 En realidad, algunas mujeres de nuestro grupo nos dejaron sorprendidos.
24,23 Fueron muy de mañana al sepulcro y, al no hallar su cuerpo, volvieron a contarnos que se les habían aparecido unos ángeles que decían que estaba vivo.
24,24 Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y hallaron todo tal como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.»
24,25 Entonces Jesús les dijo: «¡Qué poco entienden ustedes y cuánto les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas!
24,26 ¿No tenía que ser así y que el Cristo padeciera para entrar en su Gloria?»
24,27 Y comenzando por Moisés y recorriendo todos los profetas, les interpretó todo lo que las Escrituras decían sobre él.
24,28 Cuando ya estaban cerca del pueblo al que ellos iban, él aparentó seguir adelante.
24,29 Pero le insistieron, diciéndole: «Quédate con nosotros, porque cae la tarde y se termina el día.» Entró entonces para quedarse con ellos.
24,30 Una vez que estuvo a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio.
24,31 En ese momento se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero ya había desaparecido.
24,32 Se dijeron uno al otro: «¿No sentíamos arder nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»
24,33 Y en ese mismo momento se levantaron para volver a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los de su grupo.
24,34 Estos les dijeron: «¡Es verdad! El Señor resucitó y se dejó ver por Simón.»

24,35 Ellos, por su parte, contaron lo sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Jesús se presenta a sus apóstoles
(Jn 20,19)

24,36 +Mientras estaban hablando de todo esto, Jesús se presentó en medio de ellos.
24,37 Les dijo: «Paz a ustedes.» Estaban atónitos y asustados, pensando que veían a algún espíritu.
24,38 Pero él les dijo: «¿Por qué se asustan tanto, y por qué les vienen estas dudas?
24,39 Miren mis manos y mis pies, soy yo. Tóquenme y fíjense bien que un espíritu no tiene carne ni huesos, como ustedes ven que yo tengo.»
24,40 Y al mismo tiempo les mostró sus manos y sus pies.
24,41 Y como, eh medio de tanta alegría, no podían creer y seguían maravillados, les dijo: «¿Tienen aquí algo que comer?»
24,42 Ellos le ofrecieron un pedazo de pescado asado
24,43 y él lo tomó y comió ante ellos.

Jesús da sus últimas instrucciones

24,44 +Jesús les dijo: «Todo esto se lo había dicho cuando estaba todavía con ustedes. Tenía que cumplirse lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos respecto a mí.»
24,45 Entonces les abrió la mente para que lograran entender las Escrituras y les dijo:
24,46 «Esto estaba escrito: los sufrimientos de Cristo, su resurrección de entre los muertos al tercer día
24,47 y la predicación que ha de hacerse en su Nombre a todas las naciones, comenzando por Jerusalén,
24,48 invitándoles a que se conviertan y sean perdonadas de sus pecados. Y ustedes son testigos de todo esto.
24,49 Ahora yo voy a enviar sobre ustedes al que mi Padre prometió. Por eso, quédense en la ciudad hasta que hayan sido revestidos de la fuerza que viene de arriba.»
24,50 Jesús los condujo hasta cerca de Betania y, levantando las manos, los bendijo.
24,51 Y, mientras los bendecía, se alejó de ellos y fue llevado al cielo.
24,52 Ellos se postraron ante él y volvieron muy alegres a Jerusalén,
24,53 donde permanecían constantemente en el Templo alabando a Dios.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar